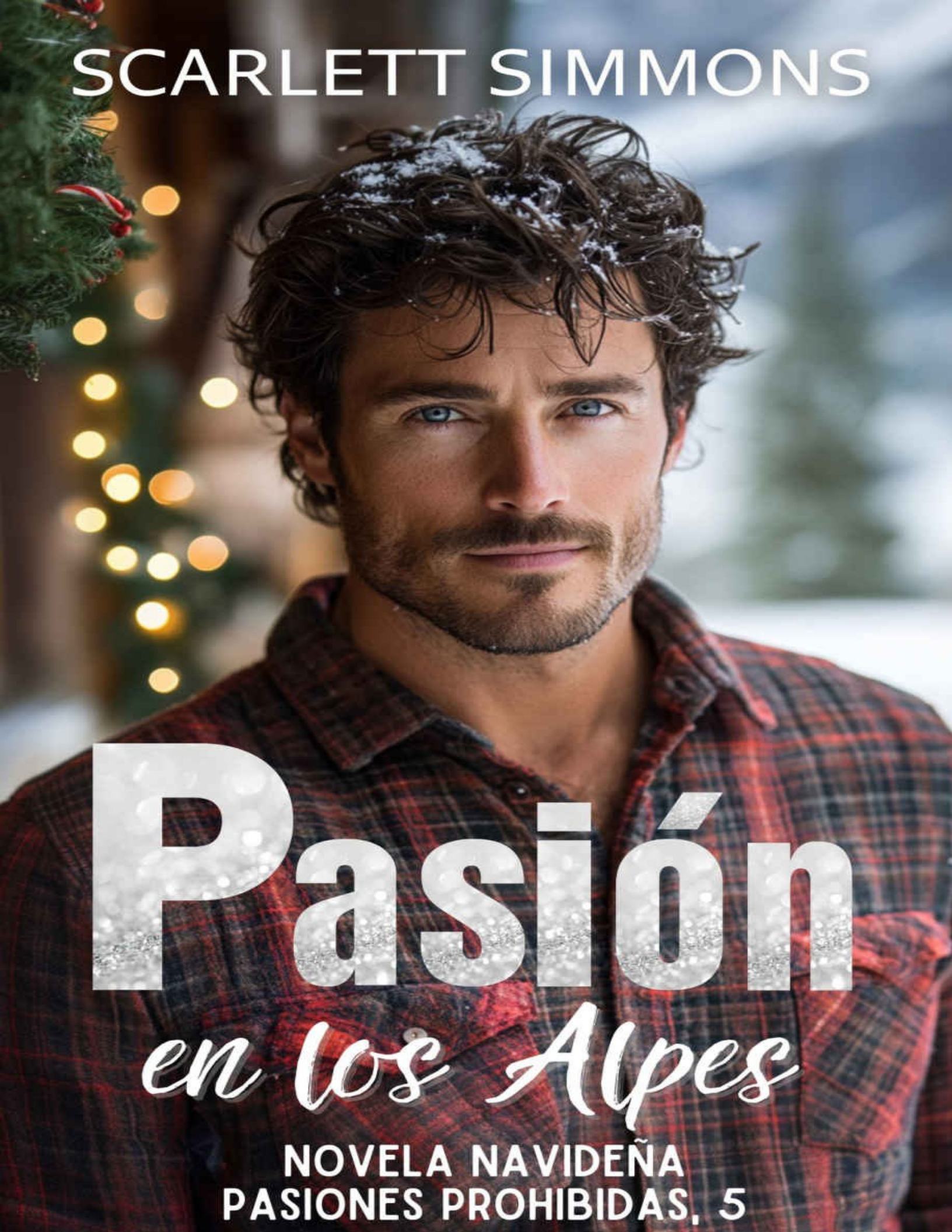


A man with dark, wavy hair and a light beard has a dusting of snow on his head. He is wearing a red and black plaid shirt and looking directly at the camera with a slight smile. The background is a snowy mountain landscape with a Christmas tree and warm lights on the left.

SCARLETT SIMMONS

Pasión
en los Alpes

NOVELA NAVIDEÑA
PASIONES PROHIBIDAS, 5

Pasión en los Alpes
Novela navideña
Scarlett Simmons

Serie: Pasiones Prohibidas

Derechos de autor de @ScarlettSimmons, 2024

Maquetación y cubierta: Scarlett Simmons

Distribuido por Amazon

Registrado en CEDRO

Todos los derechos reservados, solo pertenecen a la autora.

Los hechos, algunos lugares y personajes aquí relatados son ficticios en su totalidad y cualquier semejanza a la realidad se debe a la más pura casualidad.

No se permite la reproducción parcial o total de este libro ni su incorporación a ningún archivo digital ni plataforma de venta sin el consentimiento escrito de su autora. Cualquier infracción de los derechos de autor y propiedad serán constitutivos de delito (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com o 917021970).

Serie Pasiones Prohibidas

Scarlett Simmons

En la serie *Pasiones Prohibidas* el amor y la pasión se encuentran en situaciones inusuales, desafiando las normas sociales y llevando a los personajes a explorar los límites de sus deseos. En cada novela, los protagonistas se enfrentan a sus miedos, a su pasado, a las convenciones sociales y familiares o a las circunstancias que los rodean, mientras intentan encontrar el equilibrio entre lo que dicta la razón y lo que exige el corazón. Desde paraísos exóticos hasta encuentros inesperados, cada historia está cargada de romance, intriga, y sensualidad, y en ellas encontrarás una experiencia intensa y cautivadora.

1. **Pasión en Santorini**
2. **Pasión en el Paraíso**
3. **Pasión en Los Angeles**
4. **Pasión en la Toscana**
5. **Pasión en Los Alpes (novela navideña)**

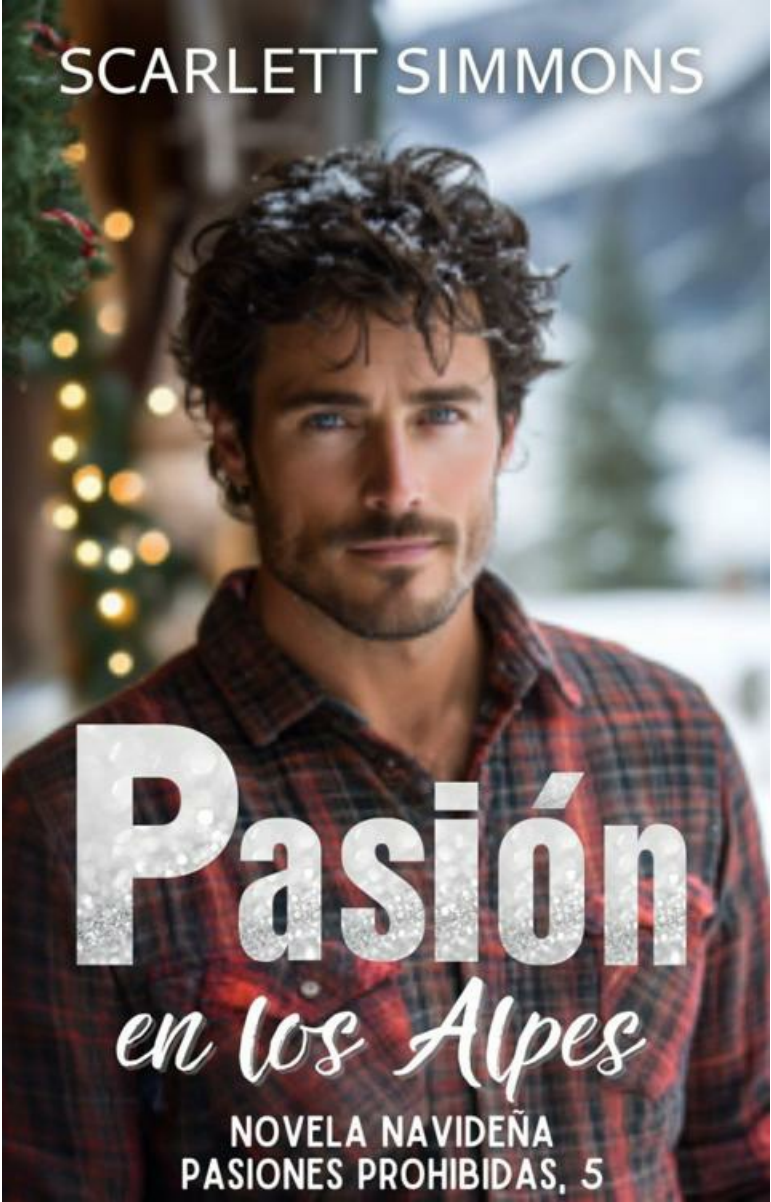
Con *Pasiones Prohibidas* harás un viaje emocional lleno de deseo, secretos, y decisiones que lo cambian todo. Cada libro ofrece una historia independiente, pero todas están unidas por el hilo común de explorar el amor en sus formas más intensas y a menudo, prohibidas. En cada uno disfrutarás de un cliché diferente.

En *Pasión en los Alpes*, Amy es una neoyorquina que odia la Navidad. Cuando su hermana le anuncia que se casa el 25 de diciembre en un pueblecito de los Alpes, se siente atrapada entre el deseo de acompañarla y las pocas ganas de celebrar nada en esas fechas. Para colmo, le toca compartir cabaña con un amigo del novio que es todo lo contrario que ella. Ambos se verán envueltos en sucesos que les obligarán a tener más contacto que el deseado. ¿O sí lo deseaban?

Novela navideña de convivencia no deseada y encuentros entre una amante del control y un vividor. Todas las novelas de la serie son autoconclusivas e independientes por lo que puedes leer en el orden que desees.

Encuétralas aquí:





SCARLETT SIMMONS

Pasión

en los Alpes

NOVELA NAVIDEÑA
PASIONES PROHIBIDAS, 5

Pasión en los Alpes

Novela navideña

Scarlett Simmons

Serie Pasiones Prohibidas
Scarlett Simmons

Capítulo 1

¿En serio te casas en Navidad?

Capítulo 2

El primer encuentro huele a leña

Capítulo 3

Primer encuentro bajo el hielo

Capítulo 4

El eco del invierno

Capítulo 5

Entre cajas y malentendidos

Capítulo 6

El desastre y la tormenta

Capítulo 7

El autobús y los regalos de la discordia

Capítulo 8

Resaca de tormenta

Capítulo 9

Batallas bajo el mismo techo durante la tormenta

Capítulo 10

Una Navidad inesperada

Capítulo 11

Una boda en Navidad

Capítulo 12

La mirada que no se va y la boda que llega

Epílogos

NOTA PREVIA

En todas mis novelas anteriores uso la estructura de capítulos alternos contados por uno de los dos protagonistas. En esta me aventuro a algo nuevo. Esta novela lleva escrita tiempo, en realidad era un relato navideño contado solo por Amy, la protagonista femenina. Las partes de Oliver las he escrito después, dando su versión de lo que ha contado Amy. En lugar de ir desarrollando los hilos avanzando en cada capítulo con la voz de uno u otro, en este caso avanzamos con ella. Me parece interesante, como ocurre en la vida misma, saber la versión de la otra persona ante un mismo hecho. De esta forma conocemos los sentimientos de él y sus razonamientos para actuar como actúa. Si nos quedamos con la visión de Amy de los primeros capítulos, podemos tener una idea distorsionada de cómo es él y, con lo guapo que es (¿te has fijado en la foto?), se merece que sepas que no es tan... (Iba a decir *capullo*, pero no quiero hacer *spoiler*).

Espero que te guste esta nueva estructura. Puedes comentármelo por Facebook.

Por último, independientemente de cuando leas esta novela, te deseo una muy Feliz Navidad.

Scarlett

Capítulo 1

¿En serio te casas en Navidad?

Amy

La primera nevada del año cae suavemente sobre Nueva York, cubriendo el asfalto con una capa blanca que silencia el bullicio habitual de la gran urbe. Sentada junto a la ventana de mi apartamento en Brooklyn, observo con tristeza como las luces navideñas empiezan a encenderse en las calles. La ciudad tiene algo especial en esta época del año, una especie de magia que parece envolverlo todo y que a los neoyorquinos les encanta, excepto a mí.

Mis dedos tamborilean sobre el teclado del portátil, mientras intento concentrarme en el trabajo, pero no lo logro. La Navidad nunca ha sido mi época favorita del año desde que mis padres murieron. Cada diciembre, esa sensación de vacío se hace más fuerte, y me recuerda lo que he perdido. Porque no es solo que eche de menos tenerlos cerca y poder estar con ellos, sino lo que representaban para mí. Añoro los momentos que pasábamos juntos, la sensación de estar en familia, en un entorno cálido y entrañable, donde el amor lo unía todo. Eran mi lugar seguro, mi hogar. Desde entonces, me refugio en el trabajo, en las campañas publicitarias que parecen menos festivas que nunca cuando la ciudad empieza a llenarse de villancicos y sonrisas fingidas.

Las luces parpadeantes, los adornos exagerados, las canciones que se repiten una y otra vez... todo me parece artificial, forzado, como si la felicidad fuera una obligación en estas fechas. Hace años que dejé de poner el árbol de Navidad en casa, de enviar postales y de intentar fingir que disfruto de estas fiestas que solo me provocan tristeza. Para mí, la Navidad es solo una temporada más que soportar, con sus días oscuros y sus noches interminables.

Con un sonoro suspiro, cierro el portátil, me recuesto en el sofá y me cubro con una manta mientras intento evitar las luces brillantes de la calle que se cuelan por la ventana. Enciendo la televisión, pero no encuentro nada que me atrape. Todo me recuerda que la Navidad está cerca y, con ella, esa soledad que se instala en mi pecho.

Una llamada interrumpe un anuncio de dulces navideños. Al ver el nombre de mi hermana Charlotte en la pantalla, mi corazón se aligera un poco. Su energía siempre ha sido un contraste refrescante con mi melancolía y, a pesar de la distancia que nos separa —ella vive en Londres y yo en Nueva York—, siempre logra sacarme una sonrisa.

—¡Charlotte! —contesto más animada de lo que me sentía hace unos segundos.

—¡Amy! ¿Estás sentada? Porque lo que voy a decirte te va a hacer caer de la silla — responde con ese entusiasmo que siempre la ha caracterizado, sin preguntar cómo me encuentro.

Me aseguro de estar bien sentada en el sofá, preparándome para lo que sea que esté a punto de soltar. Charlotte tiene un don para las sorpresas, y por su tono de su voz, creo que esta va a ser de las grandes.

—Dime, ¿qué ha pasado ahora? No será una estrategia para sacarme de aquí en Navidad, ¿verdad? Porque ya sabes cuál va a ser mi resp...

—¡Me caso! —exclama, con una risa que retumba en mis oídos, antes de que termine la frase —. ¡En dos semanas, en los Alpes suizos, y durante la Navidad!

La noticia me golpea como una ráfaga de aire frío. Mi hermana, siempre tan libre y

desenfadada, ahora se va a casar, y no en cualquier lugar, sino en los Alpes, y nada menos que en Navidad. Mi mente se inunda de preguntas, pero solo consigo articular tres.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Con quién?

Charlotte ríe de nuevo, con esa risa despreocupada que siempre he envidiado. Ella es la jovial y yo la reservada, ella la aventurera y yo la hogareña, ella la espontánea y yo la controladora, ella la optimista y yo la que se encierra en un pasado triste.

—Con Thomas, por supuesto, ¿qué pensabas? Es todo un poco precipitado, lo sé, pero cuando sabes que es la persona indicada, ¿por qué esperar? Quiero que estés allí, Amy. No acepto un no por respuesta.

Me quedo en silencio, procesando la noticia. La imagen de pasar la Navidad en los Alpes, rodeada de nieve y de gente, choca con mi plan de quedarme en Nueva York, trabajando hasta el último momento para evitar pensar en lo que significa realmente la Navidad para mí. Mi plan de hacerme un bicho bola en mi sofá durante la Nochebuena viendo *Love Actually*, seguida por *The Holiday*, con una botella de vino blanco para mí sola, acaba de saltar por los aires.

—Amy, sé lo que estás pensando —me interrumpe Charlotte, con un tono más apacible—. Pero esta vez es diferente. Es nuestra oportunidad de crear nuevos recuerdos, de hacer que la Navidad vuelva a significar algo especial para nosotras. Esto es muy importante para mí y me gustaría que estuvieras conmigo. Deja de vivir en el pasado, cariño.

El nudo en mi garganta se aprieta. Charlotte siempre ha sido más fuerte que yo en muchos aspectos y capaz de afrontar la vida con una sonrisa, mientras que yo me escondo tras mi trabajo. Pero sé que tiene razón. Mamá y papá habrían querido que estuviéramos juntas en un momento así, que la acompañara y la sostuviera como hubieran hecho ellos.

—Está bien —respondo, consciente de que las palabras me salen con más esfuerzo del que pretendía—. Estaré allí. Pero si me pierdo en una tormenta de nieve, será por tu culpa.

—¡Sabía que dirías que sí! —exclama Charlotte, y puedo sentir su sonrisa a través del teléfono—. No te preocupes, Thomas y yo nos encargaremos de todo. Te recogeremos en el aeropuerto y te llevaremos a las cabañas donde nos alojaremos. Te va a encantar, Amy. El pueblo es como un cuento de hadas.

La conversación continúa con Charlotte describiendo cada detalle de la boda y el viaje. A medida que habla, una pequeña chispa de ilusión empieza a encenderse en mi interior, aunque intento mantenerla bajo control. He aprendido a no esperar demasiado de la Navidad, pero esta vez, quizá las cosas sean diferentes. Además, técnicamente, no es una celebración navideña, sino una boda. Darme cuenta de ese detalle me calma y me anima. No, Amy nunca celebra la Navidad; una boda es otra cosa, aunque coincidan en el día.

Cuelgo el teléfono y me quedo absorta frente a la ventana, mirando la nieve que sigue cayendo fuera. ¿Podría esta Navidad ser diferente? ¿Podría realmente encontrar algo de la magia que he perdido en esos Alpes cubiertos de nieve?

Los días pasan rápidamente y, antes de darme cuenta, estoy en un avión rumbo a Suiza. El vuelo transcurre en una especie de neblina, tan borrosa como mi mente, que se debate entre la alegría y el temor. La idea de reencontrarme con mi hermana y de estar presente en su boda me llena de emoción, pero al mismo tiempo, me aterra la posibilidad de que me visiten todos esos recuerdos navideños que he evitado durante tanto tiempo y la nostalgia me deprima.

Cuando aterrizo en Suiza, el aire frío y limpio de los Alpes me recibe, y despeja por completo mi mente. Thomas me espera en el aeropuerto y su sonrisa cálida es una señal de que estoy en buenas manos. Es la primera vez que lo veo en persona, y su amabilidad me desarma de inmediato.

—Amy, por fin nos conocemos —me saluda mientras me ayuda con las maletas—. Charlotte no deja de hablar de ti y de lo que te echa de menos. Estamos felices por tenerte aquí.

Le devuelvo la sonrisa, aunque dentro de mí las emociones siguen siendo un torbellino. El viaje en coche hasta el pueblo donde se celebrará la boda es largo, pero el paisaje es tan impresionante que casi olvido mis preocupaciones. Los Alpes suizos son todo lo que Charlotte describió y más. Montañas cubiertas de nieve que se elevan majestuosas hacia el cielo, casas acogedoras con tejados de madera cubiertos de nieve y luces navideñas que brillan en la distancia, todo parece sacado de un sueño.

El pueblo de Altenberg, nuestro destino, es pequeño y encantador, como si hubiera sido diseñado para protagonizar una postal navideña. Cada rincón está decorado con luces y guirnaldas, y las calles adoquinadas están bordeadas por tiendas pintorescas que ofrecen desde artesanías locales hasta delicias de chocolate caliente. Los niños corren por las calles con abrigos abultados, y el aroma a canela y jengibre flota en el aire, añadiendo una capa extra de calidez al ambiente.

Por fin, llegamos a una zona donde hay varias cabañas de lujo en las que nos alojaremos. Entramos en una de ellas. Es una construcción de madera oscura, pequeña y acogedora, con tejados inclinados cubiertos de nieve y ventanales que dejan entrar la luz cálida del atardecer. Justo en el centro del salón, un gran árbol de Navidad está decorado con adornos coloridos y luces que parpadean suavemente. La chimenea, encendida, emite un calor reconfortante que se siente nada más entrar, y el crepitar del fuego parece dar la bienvenida a quienes cruzan el umbral.

Charlotte me recibe con un abrazo efusivo, tan cálido, que me hace olvidarme de las ausencias de la Navidad y centrarme en quién sí está, mi hermana. Necesitaba su calor y me arropo en él.

—¡Amy! Bienvenida a nuestro pequeño paraíso invernal —exclama una exultante Charlotte, con un brillo de emoción en la mirada—. Ven, te mostraré tu habitación. Quiero que te sientas como en casa.

Me guía por la cabaña, que es aún más impresionante por dentro. Los suelos de madera crujen bajo nuestros pies mientras subimos las escaleras. La decoración me encanta, es una mezcla perfecta entre lo rústico y lo elegante. Hay mantas de lana blanca sobre cada sillón, cestas con leña junto a la chimenea, y cuadros antiguos que adornan las paredes. Todo en este lugar parece diseñado para hacer que el invierno sea acogedor y cálido.

La habitación que me han asignado es perfecta. Tiene una gran cama cubierta con mantas de lana en tonos cálidos y cojines suaves. Desde la ventana, puedo ver las montañas cubiertas de nieve en la distancia, con los últimos rayos del sol tiñendo el cielo de un color ámbar. Un pequeño escritorio de madera está colocado junto a la ventana, y sobre él hay una lámpara antigua que proyecta una luz suave y clara. Todo en esta habitación me invita a relajarme y disfrutar del momento.

—¡Me encanta! —grito—. Es perfecto, Charlotte. Gracias —digo, sonriendo mientras me dejo caer sobre la cama, sintiendo cómo el cansancio del viaje empieza a desvanecerse.

Charlotte se apoya en el marco de la puerta, con una sonrisa traviesa.

—Ah, y antes de que se me olvide, vas a compartir la cabaña con uno de los amigos de Thomas. Se llama Oliver. Es un encanto, pero no te preocupes, no te molestará. Estoy segura de que os llevaréis genial. Descansa que en una hora cenamos en nuestra cabaña.

El nombre resuena en mi mente, pero antes de que pueda preguntar más, Charlotte ya se ha ido, dejándome sola con mis pensamientos. Me quedo mirando el techo, preguntándome cómo

será el tal Oliver, si será limpio y ordenado, o ruidoso y desastre. No deseo tener más sorpresas esta Navidad.

De momento, no me voy a preocupar, solo quiero descansar. Araño un poco más de tiempo sobre la cama antes de cambiarme y cierro los ojos, dejando que el sonido suave del viento del exterior y el calor de la chimenea me acunen como a una niña cansada. La loca de mi hermana ha conseguido sacarme de mi cueva en la época que más odio y espero que merezca la pena.

Capítulo 2

El primer encuentro huele a leña

La versión de Amy

La cabaña huele a leña ardiendo, y el calor de la chimenea me rodea mientras bajo las escaleras. Charlotte me ha dicho que cenamos en su cabaña, pero me gustaría echar un vistazo antes de que todo el mundo llegue y ayudarla a preparar la cena. Este lugar tiene un aire acogedor que, a pesar de mi escepticismo, empieza a calarme hondo.

Bajo con cuidado, sintiendo el crujido suave de los escalones de madera bajo mis pies, cuando me encuentro con alguien en el salón. Un hombre está de pie junto a la chimenea, agachado, removiendo la leña con movimientos tranquilos. Viste una camisa de franela a cuadros, tipo escocesa, que se ve cómoda, y su cabello castaño está ligeramente revuelto, como si hubiera pasado demasiado tiempo al aire libre.

Levanta la vista al escucharme llegar y nuestras miradas se cruzan. Debe de ser Oliver, el famoso amigo de Thomas. Una pequeña sonrisa se dibuja en su rostro mientras se incorpora y deja el atizador a un lado.

—Hola —dice con naturalidad—. Tú debes de ser Amy, ¿verdad?

—Sí —respondo, bajando el último escalón—. Y tú, ¿eres Oliver?

—Así es. —Extiende la mano hacia mí, y tras una ligera vacilación, se la estrecho—. Encantado de conocerte. Thomas y Charlotte me han hablado mucho de ti.

Su apretón de manos es firme y su voz tiene un tono relajado que contrasta con la seriedad con la que yo vivo la situación. Estoy fuera de mi zona de confort, en medio de los Alpes, rodeada de desconocidos, y con una boda en ciernes. Él, en cambio, parece como si estuviera en su propia casa, relajado y cómodo, sin nada importante que hacer.

—No sabía que íbamos a compartir cabaña —comento, más para llenar el silencio que porque realmente me importe, pero tendremos que hablar de algo, aunque sea del tiempo.

—Sí, me avisaron hace un par de días —responde con una sonrisa despreocupada, volviendo a mirar la chimenea para comprobar que está bien—. Espero que no sea un problema para ti. No suelo ser ruidoso, aunque quizá te parezca un poco desordenado.

—No es eso, es solo que... —Me detengo, sin saber muy bien cómo explicar mi reticencia sin sonar grosera—. Vivo sola y no estoy acostumbrada a compartir espacio.

Oliver asiente, sin dejar de sonreír.

—Entiendo. Me pasa lo mismo. Pero no te preocupes, prefiero estar al aire libre. Quiero aprovechar que estoy aquí para desconectar de la ciudad. Tranquila, que no pretendo invadir tu espacio.

—Perfecto —respondo con un suspiro de alivio, aunque no sé si realmente me convence su tono. Me resulta un tanto difícil leer a este hombre y no sé si lo que ha dicho era en serio o se está burlando de mí. A saber lo que le ha contado mi querida e impulsiva hermana.

Oliver parece captar mi incomodidad, porque rápidamente cambia de tema.

—¿Te ha gustado Altenberg? —pregunta, tomando asiento en una butaca cerca del fuego, y

me invita con un gesto a hacer lo mismo.

—Es... bonito. —Me acomodo en el sofá, al otro lado de la chimenea, desde donde siento cómo el calor del fuego me envuelve—. Es muy diferente de Nueva York, eso seguro.

—Sí, imagino que debe ser un gran cambio —asevera, con una sonrisa tranquila—. Yo paso mucho tiempo viajando por mi trabajo y, te puedo decir, que este es uno de mis lugares favoritos. Por eso se lo sugerí a Thomas. Hay algo en este sitio y en el aire, que te invita a relajarte. ¿No te parece el lugar ideal para una boda como la que quieren ellos?

Lo miro de reojo, evaluando sus palabras. Me pregunto si realmente puede ser tan sencillo, dejar que el ambiente te relaje solo porque sí y si yo me casaría en un sitio tan apartado y solitario. Él parece tan ajeno a todo, tan libre y despreocupado, que me intimida. Y yo, en cambio, siento que mi mente no puede desconectarse nunca del todo, como si siempre hubiera algo que resolver, algo que debo hacer, incluso cuando estoy de vacaciones. Me cuesta separar todas las áreas de mi vida. El estrés diario está instalado en mí y no tengo ni idea de cómo pararlo.

—¿Y tú? —pregunta entonces—. ¿Hay algo más que te atraiga de los Alpes además de la boda? ¿Por ejemplo, el esquí?

—No, no, yo no esquío. Charlotte me arrastró —bromeo, encogiéndome de hombros—. No soy muy fan de la Navidad, así que esta es una especie de tregua. Prometí hacer un esfuerzo por ella.

—¿No te gusta la Navidad? —parece realmente sorprendido—. Eso sí que no me lo esperaba.

—No la odio, simplemente... no me entusiasma. —No me molesto en profundizar. No es algo que suela confesar nada más conocer a una persona y no me apetece contarle mi vida. Además, me da igual lo que piense de mí. En tres días me iré y no volveré a verlo.

Oliver asiente lentamente, como si reflexionara sobre mi respuesta, pero no insiste. Agradezco que no me ponga en una posición incómoda y simplemente deje fluir la conversación. Hay algo en él que resulta... intrigante y exasperante. No sé si es su excesiva tranquilidad, o la forma en que parece estar perfectamente en armonía con el entorno, como si estuviera diseñado para él. Quizá sea esa camisa tipo leñador, las botas o lo cómodo que se ve en el sillón, da la impresión de que esté en su casa y no que sea un tipo de la City de Londres que acaba de llegar a las montañas.

—Bueno, creo que Altenberg es un buen sitio para hacer las paces con la Navidad —añade, con una sonrisa relajada—. Aunque sea a tu manera. Déjate llevar y lo verás. De niño venía con mi familia todos los años a esquiar y para mí, la Navidad es esto —dice abriendo los brazos como si quisiera abarcar todo el pueblo, con su ambiente navideño que a mí me repele.

Me encojo de hombros, sin estar convencida, pero sonrío ligeramente por ser amable. Él se muestra así de natural, aunque mi primer instinto me dice que no me confíe de los que parecen tan sencillos, porque nunca lo son.

La cena en la cabaña de Charlotte y Thomas resulta mucho más acogedora de lo que imaginaba. La mesa está decorada con velas y pequeños adornos navideños, y una mezcla de aromas deliciosos llena el aire. Estamos los cuatro sentados alrededor de la mesa, con el fuego crepitando en la chimenea y el viento soplando suave en el exterior.

Oliver está sentado justo enfrente de mí y, aunque hemos intercambiado pocas palabras, noto que a veces sus ojos se desvían hacia mí, y me observa con curiosidad. Esas miradas me intrigan y me hacen sentir una especie de tensión sutil en el aire, algo que me incomoda.

Charlotte y Thomas, por otro lado, están en su mundo, riendo y bromeando como siempre.

Me alegra ver a mi hermana tan feliz, aunque me siento un poco fuera de lugar en medio de tanta despreocupación.

—Amy, ¿cómo te va con la revista? —pregunta Charlotte de repente, sacándome de mis pensamientos.

—Bien —le contesto tras beber un sorbo de vino. A veces necesito esas pequeñas pausas para pensar mis respuestas—. Es un trabajo estable, lo cual es más de lo que se puede decir en estos días.

—Debes de ser muy organizada para mantener todo bajo control en un ambiente tan caótico, ¿no? Al menos es la fama que tienen las redacciones —dice Thomas con una sonrisa.

—Más o menos —admito—. Me gusta que las cosas estén claras. Sin duda, no podríamos funcionar sin una férrea programación y un calendario estricto; debemos adelantarnos a los acontecimientos. No soy muy fan de la improvisación. Un desliz y la revista se hunde. —Abro los brazos para apoyar lo que para mí es lógico—. Bueno, eso suena algo exagerado, pero puede ocurrir que por falta de programación no salga el número del mes, cómo y cuándo debe. Por eso casi mato a Charlotte al organizar esta boda en tan pocos días y tener que cambiar mis planes de trabajo —sonrío.

—Tú y Oliver sois lo opuesto, entonces —añade Thomas, riendo—. Él nunca planea nada. Vive el día a día. Pero antes no era así, ¿verdad?

Al escuchar esto, levanto la vista hacia Oliver, quien se encoge de hombros con una sonrisa pícara.

—Es cierto. Ahora dejo que las cosas sucedan. —Me mira y añade—. Pero a veces es necesario rodearte de gente organizada para no perder el control, ¿no crees?

Me cruzo de brazos, sintiendo que una pequeña batalla de egos está a punto de comenzar.

—Depende de lo que estés organizando —respondo, mirándolo de reojo.

Oliver sostiene mi mirada durante unos segundos antes de sonreír.

—Tienes razón. Hablaba de lo laboral, por supuesto. Pero en mi caso, prefiero dejar espacio para lo inesperado. Las mejores cosas de la vida no suelen estar planeadas. Y tampoco las peores. Un susto y todo se va al carajo.

—Yo, a eso que tú dices, le llamo caos —bromeo, sin perder la compostura—. Y me parece un despropósito vivir así. ¿Cómo puedes dormir tranquilo?

—Caos... o libertad —responde él, con esa calma que me resulta desconcertante.

Decido no responder, porque de alguna manera sé que él podría seguir lanzando esas frases el resto de la noche. No estoy aquí para entrar en debates filosóficos, ni convencer a nadie sobre lo beneficioso de llevar una vida organizada; solo quiero disfrutar de la cena. Pero esa chispa de desafío entre nosotros arde dentro de mí y no me gusta. Solo espero que los días pasen rápido y pueda volver a la seguridad de mi hogar.

Capítulo 3

Primer encuentro bajo el hielo

La versión de Oliver

El frío en Altenberg es distinto al de cualquier otro sitio en el que haya estado. Es un frío que corta el aire, que se mete en los huesos, pero que, curiosamente, no molesta. Quizás es porque el paisaje que me rodea es tan impresionante que ni siquiera pienso en las temperaturas bajo cero. O quizás es porque la calma que me transmite este lugar, que me traslada a mi infancia, ha conseguido calarme más hondo que el frío. Como si, de alguna manera, las montañas, la nieve y la tranquilidad hubieran logrado desconectar todo el ruido que suelo llevar conmigo.

Me encuentro solo en la cabaña, o eso creo, en la que reina un silencio que me llena de paz. Aún estoy procesando el hecho de que compartiré este lugar con una completa desconocida. Me lo tomé como algo anecdótico cuando Thomas y Charlotte me lo mencionaron, pero ahora, al estar aquí, empiezo a sentir cierta intriga por conocerla. El fuego de la chimenea apenas comienza a calentar la estancia, y yo me inclino para echar más leña. El crepitar de las llamas es el único sonido que me acompaña en el silencio.

Y entonces la veo. Amy.

Ella desciende lentamente por las escaleras de la cabaña, secándose el pelo con una toalla. Al principio, no parece notar mi presencia. Mi primera impresión, a la que contribuye lo que Charlotte me ha contado, es que es una tormenta contenida, una fuerza de la naturaleza bajo control. Su postura es rígida, como si llevara consigo una tensión que no sabe cómo soltar. Hay algo en ella que me resulta intrigante, como si luchara por hacerse a una situación y un lugar que no le corresponde, como si estuviera fuera de lugar. Todo eso me transmite solo por como baja las escaleras y yo mismo me sorprendo. Seguro que es una primera mala impresión de la que me reiré cuando la conozca.

Me quedo un segundo más observando cómo ajusta el cuello de su jersey, nerviosa, como si el frío de fuera la hubiera seguido hasta dentro. Cuando nuestras miradas se cruzan, noto un leve sobresalto en sus ojos, pero no dice nada.

—Hola —saludo, cuando me mira, con una sonrisa—. Debes de ser Amy, ¿verdad?

Ella asiente con una leve inclinación de cabeza y expresión seria. No parece el tipo de persona que se relaje fácilmente. A medida que se acerca más, puedo ver mejor el contraste entre su delicada apariencia y esa especie de barrera que parece haber levantado entre nosotros.

—Y tú eres... Oliver, supongo —empieza a decir, con voz baja, pero firme.

—El mismo. —Le ofrezco una mano, que ella estrecha después de una breve vacilación.

El apretón es firme, pero sus dedos están fríos, lo que me recuerda lo inhóspito que debe de haber sido el viaje hasta aquí. Su expresión no cambia, pero hay algo en sus ojos que no me pasa desapercibido: curiosidad, pero también algo de desconfianza.

—No sabía que iba a compartir cabaña hasta hace un rato —comenta, mirando alrededor.

—Thomas y Charlotte dijeron que compartiremos este lugar nosotros dos. —La noto un poco incómoda con la idea y, por alguna razón, eso me divierte—. No te preocupes, prometo que no soy ruidoso, aunque quizá algo desordenado. Estoy acostumbrado a vivir solo —sonrío.

—Me pasa lo mismo —responde, pero sin pizca de humor en la voz. Espero que no crea que

compartir este espacio sea lo peor de unas Navidades que se presentan increíbles.

Por un momento, pienso que esta va a ser una de esas situaciones incómodas en las que ambos tratamos de evitar coincidir en la cabaña. Pero entonces ocurre algo que no esperaba: la veo temblar ligeramente, como si el frío de las montañas se le hubiera metido en la piel.

—¿Tienes frío? —pregunto, aunque es más que evidente.

Ella me mira, como si estuviera sorprendida de que me haya dado cuenta.

—Estoy bien. Solo necesito acostumbrarme a la temperatura, supongo —responde, como si no quisiera admitir que necesita algo.

Le señalo el sofá frente a la chimenea.

—Siéntate un momento. Aquí hace más calor. Aún no ha cogido toda la fuerza el fuego, pero ya verás que mejora en un rato.

Amy duda, pero finalmente se sienta, manteniendo las manos entrelazadas en su regazo. La tensión en sus hombros es palpable. Me quedo de pie, observando cómo sus ojos recorren la estancia, como si estuviera evaluando cada rincón, cada detalle. Es como si no pudiera estar tranquila, como yo, en un ambiente que invita a estarlo. Me extraña que no se relaje en un lugar como este. ¿Es por estar con un desconocido o será así siempre?

—Este sitio es increíble —comento por dar algo de conversación—. No hay muchos lugares donde puedas sentirte así de aislado del mundo, ¿verdad?

Ella asiente, pero no responde. Sus labios están tensos, como si las palabras estuvieran atrapadas detrás de ellos, negándose a salir. Me pregunto qué tipo de cosas le deben de estar pasando por la cabeza, pero no puedo hacer más que especular.

El silencio entre nosotros se alarga unos segundos más. Ella parece estar sopesando si hablar o no. Finalmente, decide hacerlo.

—No esperaba que esto fuera tan... diferente —confiesa, con voz algo más suave y menos tensa—. Hace mucho que no tengo una Navidad así de tranquila. De hecho, hace mucho que no la celebro de ninguna forma.

Me sorprende lo mucho que esa pequeña confesión cambia la atmósfera entre nosotros. Ya no siento que haya tanto espacio vacío. No lo suficiente para hacer desaparecer su reserva, pero al menos ahora hay una grieta en su barrera.

—Eso sí que no me lo esperaba; a todo el mundo le gusta la Navidad. De todas formas, aquí será diferente a lo que hayas conocido, ya verás —respondo con una sonrisa, intentando hacer que se sienta un poco más cómoda—. En este pueblo se respira calma, me encanta, yo se lo recomendé a Thomas. ¿Sabes? De pequeño venía aquí todas las Navidades a esquiar con mi familia. Por eso me gusta tanto. Además, creo que a veces necesitamos este tipo de desconexión para darnos cuenta de todo lo que tenemos pendiente por resolver.

Noto que sus ojos se fijan en los míos por un breve instante, y por un segundo, creo que va a decir algo más. Pero lo que sale de su boca es un simple:

—Supongo.

Y aunque es solo una palabra, algo en su tono me deja ver que hay mucho más detrás de ella.

Me fascina su actitud, tan diferente a la de cualquier persona que haya conocido. Debe estar acostumbrada a tener todo bajo control, a que las cosas vayan según su plan, según me contó su hermana. No sé por qué tanto empeño en prevenirme sobre la forma de ser de Amy. Y a mí me divierte. De lo que no tengo duda es de que aquí, en medio de las montañas y la nieve, está fuera de su terreno, y se nota.

Decido jugar un poco con ella.

—¿No te gusta este ambiente? —le pregunto, con una sonrisa que sé que la va a molestar.

Me gusta ver cómo reacciona la gente cuando la sacas de su zona de confort. Y, por su expresión, parece que lo he conseguido.

—Es... diferente —responde, con un tono que deja claro que no está muy impresionada por mi intento de charla cordial.

Ese *diferente* lo dice todo. No se siente cómoda, y me gusta ver cómo lucha por mantener su pose. Es un desafío que aumenta mi intriga por ella. Algo en su rigidez me hace querer desarmarla, hacer que se relaje, que se deje llevar por el ambiente acogedor de la cabaña, por la sensación de estar rodeada de amigos, de calor y de naturaleza.

No sé por qué, pero quiero hacer que baje la guardia, que deje de sentirse tan fuera de lugar. ¡Uf! Creo que me atrae precisamente por mostrarse tan distante.

El frío en el exterior sigue siendo brutal, pero dentro de la cabaña, algo empieza a descongelarse lentamente.

Nos abrigamos para salir juntos a la de los novios que nos han invitado a cenar. Al abrir, un ambiente cálido y entrañable, con olor a comida, nos envuelve. Charlotte y Thomas están en la cocina, preparándonos la cena. El aroma de la sopa de cebolla casera empieza a llenar la sala, mezclándose con el calor del fuego que crepita en la chimenea. El ambiente es relajado, pero creo que Amy no lo siente así. Se sienta en el sofá, con la espalda recta, como si estuviera esperando a que algo fuera a explotar en cualquier momento.

—Así que... ¿Nueva York? —pregunto para tratar de cambiar ese silencio incómodo que se ha instalado entre nosotros. Sé que vive allí, Charlotte me lo ha contado—. No parece que disfrutes mucho de las montañas.

—¿Y qué te hace pensar eso? —responde, con un tono afilado.

—Solo una corazonada —digo, encogiéndome de hombros, disfrutando de su reacción—. Tienes esa forma de mirar alrededor, como si estuvieras calculando cómo salir corriendo en cualquier momento.

Ella me fulmina con la mirada. Si hubiera tenido una respuesta rápida y cortante, me la habría lanzado sin dudar. Pero lo único que hace es mantener la boca cerrada, cruzar las piernas y mirar hacia la chimenea, ignorándome por completo.

Sonríó para mis adentros. La he molestado, está claro. Y, de algún modo, eso me hace querer seguir. No porque quiera hacerla enfadar, sino porque estoy empezando a entender que detrás de esa careta hay algo más, algo que quiere proteger a toda costa. Y eso me intriga. Mucho.

El día sigue avanzando y, a pesar de su incomodidad inicial, Amy no puede evitar relajarse poco a poco. Las conversaciones en la mesa se vuelven más ligeras, Charlotte y Thomas se aseguran de que todos nos sintamos como en casa, y el vino ayuda a que las risas fluyan con facilidad. Incluso Amy, aunque de forma tímida, deja escapar alguna sonrisa. Una sonrisa preciosa que me hace preguntarme cómo será cuando suelte esa rigidez que la acompaña.

Al final del día, cuando nos retiramos a nuestra cabaña, me encuentro pensando en ella más de lo que esperaba. Amy es una paradoja andante: fuerte y vulnerable, controladora y, al mismo tiempo, claramente incómoda en situaciones que no puede controlar. Me doy cuenta de que estoy ansioso por ver cómo evoluciona todo, cómo va a reaccionar en los días que tenemos por delante. Porque algo me dice que, en algún momento, sus barreras van a caer. Y quiero estar allí para verlo.

Capítulo 4

El eco del invierno

Amy

La mañana despierta fría y blanca. El viento helado sopla suave, acaricia los picos nevados de Altenberg y cubre las calles de un manto de nieve recién caída. Desde la ventana del salón veo cómo los copos danzan en el aire, creando una danza perfecta. Me envuelvo en mi bufanda mientras la leña en la chimenea crepita a mi espalda. El calor de la cabaña contrasta con la gélida mañana que se despliega afuera.

—Amy, ¿estás lista? —Charlotte aparece, envuelta en su abrigo de lana, con los ojos brillantes de emoción—. Necesito que me ayudes con la decoración del salón para la boda.

Me giro hacia ella, dejando atrás la imagen del paisaje invernal. Hay algo en el invierno que siempre me ha parecido opresivo, como si el frío exterior se filtrara dentro de mí, haciéndome recordar lo que la Navidad ya no significa. Pero aquí, en Altenberg, parece que ese frío es más llevadero.

—Está bien —digo, forzando una sonrisa—. No soy la mejor para decorar, pero haré lo que pueda.

—Eso es lo que necesito, hermana —sonríe y me toma del brazo.

—No entiendo por qué no has contratado a una *wedding planner*.

—Lo sé, cariño, lo sé. Pero a Thomas y a mí nos apetecía encargarnos de todo, vivirlo completamente. Es nuestra boda y queremos dedicarnos en cuerpo y alma para no olvidarla jamás.

—¿Desde cuándo eres tan *hippy*?

—No seas boba, Amy. Vamos, será divertido hacerlo juntos. ¡Oliver también nos va a ayudar!

Su nombre resuena en mi mente. Oliver. El hombre sereno y espontáneo que anoche fue un poco borde conmigo. Menos mal que en unos días dejaré de verlo.

Llegamos al edificio donde se celebrará la boda, una pequeña joya escondida en las montañas, con grandes ventanales que permiten que la luz invernal lo inunde todo. El aire huele a madera fresca y pino, y el sonido suave de nuestras botas sobre el suelo de madera crea una especie de ritmo acompasado. Me siento casi insignificante dentro de este lugar tan vasto y tan lleno de historia.

Oliver ya está allí, de pie junto a una caja de decoraciones navideñas, con una postura relajada, como si el tiempo no fuera algo que le preocupara. Viste una camisa gris que resalta el tono castaño de su cabello, y su sonrisa es fácil, natural, como si todo fuera un juego para él y la vida no tuviera sus complicaciones.

—Buenos días —dice con una voz tranquila que esconde la burla—. ¿Lista para sumergirte en el espíritu navideño?

—Lo intentaré —respondo con una sonrisa fingida, tratando de no dejar ver cuánto me

incomoda la idea de la Navidad. Pero algo en su mirada parece decirme que lo nota.

El salón está vacío, a la espera de ser transformado en el escenario de una boda navideña. Charlotte, con su entusiasmo inquebrantable, nos reparte las tareas. Mientras Oliver se encarga de colgar las luces alrededor de las ventanas, a mí me toca la decoración de las mesas, un trabajo que, a pesar de mi falta de experiencia, encuentro sorprendentemente relajante. Coloco velas y pequeños adornos que Charlotte ha escogido con mucho cuidado, calculando la distancia exacta entre los adornos, los platos y todo lo demás para que quede en perfecta armonía.

A medida que el trabajo avanza, el salón comienza a llenarse de ese calor navideño que me ha resultado tan ajeno en los últimos años. Las luces parpadean suavemente, creando un juego de sombras que se reflejan en el suelo de madera, mientras el aroma a pino inunda el aire.

—¿Te está gustando Altenberg? —pregunta Oliver, mientras coloca una guirnalda sobre el arco de la puerta.

—Es... diferente —digo, tomándome un momento para buscar otra respuesta; ya es la tercera o cuarta vez que le contesto lo mismo y me riño por mi estupidez. ¿Qué me pasa con él que hasta pierdo las palabras?—. No me esperaba que fuera tan entrañable y apacible. Tiene algo que te acoge, ¿no?

—Eso es lo que me hace volver cada año —me asegura, con una sonrisa que parece contener más de lo que está dispuesto a decir en ese momento—. Este lugar te invita a relajarte, incluso cuando crees que no lo necesitas.

Lo miro de reojo mientras ajusto una vela en su sitio. Hay algo en su forma de hablar que me intriga, una calma que parece el reflejo de una vida que ha aprendido a tomarse las cosas con pausa, mientras que yo siempre he tenido la sensación de estar corriendo contra el reloj. Esa calma me pone muy nerviosa, pero trato de disimularlo.

El salón está casi listo cuando nos tomamos un pequeño descanso. Nos sentamos en una de las mesas ya decoradas, observando el resultado de nuestro trabajo. Charlotte está en la cocina, hablando con los del *catering*, y la calma del lugar me hace sentir algo parecido a la paz, algo que hace tiempo no experimentaba en esta época del año.

—Así que es cierto lo que me dijiste, ¿¡eh!?

—¿El qué?

—Que no eres una gran fan de la Navidad —dice Oliver con media sonrisa, sin apartar la vista de las luces que titilan frente a nosotros.

—No, la verdad es que no —admito, sin ganas de disfrazar la realidad—. Ya te dije que no me trae buenos recuerdos.

—Se nota.

Pongo cara de sorpresa porque su comentario me molesta. ¿Cómo que se nota?, quiero gritar, pero las palabras no salen.

—La Navidad tiene ese efecto en algunas personas —continúa al cabo de un momento, con la voz baja—. Pero aquí, en Altenberg, seguro que va a ser diferente. Es más... auténtico. No hay la presión, ni las expectativas comerciales de la gran ciudad. Nada aquí es forzado.

Lo miro, intentando entender si habla por experiencia propia, ya que me dijo que solía venir todos los años. Sus palabras me hacen reflexionar sobre lo que he estado sintiendo desde que llegué aquí. Este lugar, tan alejado del bullicio de Nueva York, me ha dado una tregua inesperada en mi vida. ¿Seré capaz de relajarme en medio de lo desconocido?

—Tal vez —respondo, dándole la razón sin comprometerme del todo.

Oliver se inclina un poco hacia adelante, apoyando los brazos en la mesa, y me mira con una expresión que no sé cómo interpretar. Hay una profundidad en su mirada, una especie de

curiosidad tranquila, como si ya tuviera las respuestas, que me pone nerviosa.

—¿Sabes lo que pienso? —dice, con una media sonrisa—. Creo que Altenberg te va a sorprender más de lo que imaginas.

Sus palabras quedan suspendidas en el aire y, por un momento, me pregunto si tiene razón. Porque, a pesar de mi escepticismo, hay algo en este lugar que ha empezado a calar en mí y todavía no llevo ni veinticuatro horas.

Capítulo 5

Entre cajas y malentendidos

Amy

El aire en Altenberg parece más fresco que nunca, cuando los primeros amigos de Charlotte y Thomas llegan al pueblo. Las cabañas que rodean la nuestra se van llenando de vida, y el silencio, que hasta ahora reinaba entre los pinos, es reemplazado por risas y voces que reverberan en la nieve. Falta poco para Navidad, y aunque la boda está prevista para ese día, el ambiente ya parece festivo.

Charlotte, como siempre, se mueve de un lado a otro con su energía inagotable, organizando a los recién llegados mientras Thomas intenta mantener el ritmo. Yo, por mi parte, hago lo que mejor sé hacer: pasar desapercibida. Mientras todos se saludan con entusiasmo, me deslizo hacia la chimenea, buscando una excusa para mantenerme ocupada con algo que no implique conversaciones incómodas con desconocidos.

Pero claro, no contaba con Oliver.

—¿Otra vez escondiéndote en la chimenea? —pregunta, apareciendo de la nada con esa sonrisa burlona que ya empieza a irritarme.

Lo miro de reojo, sin dignarme a responder. Siento que solo se acerca a mí para ponerme en aprietos, como si supiera exactamente cómo sacarme de mi lugar seguro y ponerme a prueba. Está de pie junto a la ventana, con los brazos cruzados y esa postura relajada que parece sugerir que está completamente a gusto en cualquier situación.

—No me escondo —respondo finalmente, con la voz algo tensa—. Solo estoy disfrutando del calor y ordenando los adornos.

—Claro, eso tiene mucho sentido. Si fuera tú, también me escondería —dice, guiñándome un ojo de manera exagerada, como si estuviera compartiendo un gran secreto.

—¿Y qué te hace pensar que me estoy escondiendo? —le espeto, cruzando los brazos con firmeza.

—Llámalo intuición —responde encogiéndose de hombros, como si no le diera demasiada importancia.

Intento ignorarlo, pero sus comentarios siempre consiguen descolocarme. No entiendo por qué, pero cada vez que Oliver está cerca, siento que todo lo que hago queda expuesto bajo una especie de lupa incómoda. Me pone nerviosa, y él se da cuenta.

Antes de que pueda pensar en una respuesta lo suficientemente sarcástica, Charlotte entra en la sala con un gran gesto teatral.

—¡Amy, Oliver! Necesito vuestra ayuda. Hay más adornos que llevar al salón y... bueno, no puedo hacerlo todo yo sola.

Oliver se adelanta con su sonrisa facilona.

—Por supuesto, Charlotte. Amy y yo estamos encantados de ayudar.

Lo miro de reojo. ¿Encantados? Estoy a punto de replicar, pero antes de que pueda abrir la boca, él ya ha cogido su abrigo y está esperándome junto a la puerta.

—Vamos, Amy —me dice, levantando una ceja—. No querrás dejarme cargar con todo el trabajo, ¿verdad?

La nieve cruje bajo nuestros pies, mientras nos dirigimos hacia el almacén donde Charlotte ha guardado las últimas cajas de decoración navideña. No hemos hablado en todo el trayecto, y siento que Oliver parece estar disfrutando del silencio. Claro, yo no. Cada paso que doy a su lado me hace sentir como si estuviera bajo su observación. Estoy incómoda.

—No pensé que fueras a aceptar tratándose de adornos navideños. Te darán urticaria... —dice con demasiada ironía.

—Tampoco es que tenga muchas opciones —respondo, encogiéndome de hombros.

Él sonríe, como si hubiera conseguido justo lo que quería: sacarme una respuesta. Pero, para mi sorpresa, no insiste más. En lugar de eso, me adelanta y abre la puerta del almacén con un gesto algo exagerado.

—Las damas primero.

—Qué caballeroso —murmuro, mientras paso junto a él con la cabeza bien alta.

El interior del almacén está lleno de cajas de todos los tamaños, algunas etiquetadas y otras no tanto. Charlotte ha debido comprar todo lo que ha encontrado relacionado con la Navidad. Oliver se agacha para coger una caja, pero se detiene en seco.

—Esto pesa una tonelada —se queja, fingiendo que no puede levantarla.

—Seguro que no es para tanto —digo, acercándome.

Oliver me lanza una mirada de reojo antes de darme la caja. Me preparo para el peso, pero cuando la cojo, casi me caigo hacia atrás. Es muy ligera.

—¿Ves lo que te digo? —ríe, acercándose para ayudarme.

Ambos terminamos tropezando, y aunque consigo mantener el equilibrio, la caja termina por caer al suelo, y todos los adornos navideños se quedan esparcidos por el almacén.

—¡Perfecto! —exclamo con frustración, mientras me arrodillo para recoger las bolas de Navidad que han salido rodando.

—Vaya, parece que a alguien le falta práctica en esto de las decoraciones navideñas —comenta Oliver, agachándose a mi lado con una sonrisa contenida.

Lo miro con los labios apretados, tratando de no caer en su juego, pero es difícil. Él parece disfrutar de cada pequeño error que cometo, como si todo formara parte de su plan para hacerme perder los nervios.

—Cállate y ayúdame —le ordeno finalmente, y le doy la espalda para poder soltar una risa de puro agotamiento, sin que me vea.

Pasamos los siguientes minutos recogiendo los adornos, tranquilos en apariencia, pero con esa especie de tensión entre nosotros que sigue presente. Es como si en cada gesto y en cada mirada que me dirige hubiera una intención que no acierto a entender. No sé si es mi imaginación, pero siento que Oliver está demasiado cerca de mí, incluso cuando solo estamos recogiendo bolas de Navidad por el suelo del almacén. Me encanta su olor, aunque a él lo detesto. ¿Cómo puede alguien tan irritante oler tan bien?

—¿Te diviertes? —le digo enfadada al ver su sonrisa burlona al mirarme, y me contesta con una carcajada.

En un giro inesperado, Oliver me pone una cinta de espumillón alrededor del cuello. Está jugando con fuego porque no me conoce y no sabe si este tipo de bromas me sientan bien o mal.

—Debe ser duro para alguien que odie la Navidad tener que estar rodeada de estos adornos, ¿verdad?

—Estoy aquí por Charlotte, no por la Navidad. Cumpro con mi deber de hermana —digo, manteniéndome firme para no caer en sus provocaciones.

Oliver sonríe de nuevo, pero no insiste. Hay algo en su manera de hablar, en cómo no deja de desafiarme, que me irrita profundamente. Ya es mala suerte que sea el mejor amigo de Thomas y tenga que hacer como que me cae bien cuando lo detesto.

Cuando finalmente volvemos al salón con las cajas, el lugar está más animado que nunca. Los amigos de Charlotte y

Thomas se han reunido y las risas llenan el aire. Cada uno ha sido asignado a su propia cabaña, y aunque todos parecen encantados de estar allí, yo sigo sintiéndome fuera de lugar.

Oliver y yo depositamos las cajas en un lado y, antes de que pueda escabullirme a algún rincón tranquilo, uno de los amigos de Thomas se acerca a mí, sonriendo con demasiada familiaridad para mi gusto.

—¡Eh, Amy! —me llama—. Thomas me ha contado que trabajas en una revista en Nueva York. Debe de ser flipante, ¿no?

Antes de que pueda responder, siento la mirada de Oliver clavada en mí, más atento a mi respuesta que a lo que le dice el amigo con el que conversa. Esa sensación molesta, como si estuviera esperando que me equivocara o que dijera algo que le divirtiera. Me fastidia cómo parece disfrutar de mi incomodidad en situaciones sociales. Me tenso, pero decido no darle el placer de verme afectada.

—Sí, emocionante y agotador a partes iguales. Nueva York es muy estresante —respondo con una sonrisa tensa—. Apenas queda tiempo para cosas como... las decoraciones navideñas, por ejemplo.

—¿Te refieres a esas decoraciones que acabamos de montar? —La voz de Oliver interrumpe la conversación, como si estuviera decidido a hacerme participar de su juego. Lo miro, y ahí está, esa media sonrisa que siempre me provoca la misma sensación: irritación.

—Exactamente a esas —respondo sin ganas, manteniendo mi expresión lo más neutral posible.

Oliver suelta una leve risa por lo bajo y no hace falta que lo mire para saber que está disfrutando del momento. Lo ignoro con todas mis fuerzas, pero su presencia, esa constante sombra burlona, hace que todo sea más difícil.

—A este no le hagas ni caso —me advierte el amigo de Thomas—. Estos ricachones de la City no saben ni atarse los zapatos solos.

—¡Qué sabrás tú, picapleitos! —replica, molesto. El chico se aleja riendo mientras yo miro burlona y llena de curiosidad a Oliver.

A medida que la noche sigue y los invitados se dispersan hacia sus cabañas, aunque Oliver sigue encontrando formas sutiles de provocarme, cada vez lo hace menos. Sus miradas, sus comentarios e, incluso, su manera de moverse por la sala, como si siempre supiera exactamente dónde estoy, todo de él me pone nerviosa. Es como si hubiera decidido que hacerme la vida imposible durante estos días fuera su misión personal.

No sé qué le pasa ni por qué parece tan empeñado en fastidiarme. Pero una cosa sí tengo clara: no pienso darle el gusto de saber que lo está consiguiendo. Lo ignoro porque sé que eso le molesta.

Mientras me retiro a la cabaña, sus últimas palabras del almacén vuelven a mi mente, pero no como una revelación amable, sino como una advertencia.

—Aún queda mucha Navidad por delante, Amy. Tal vez descubras algo que te guste, después de todo.

Cierro la puerta con fuerza, deseando que, por una vez, se equivocara. Porque si algo tengo claro es que todo en Oliver me desagrada más con cada día que pasa.

Capítulo 6

El desastre y la tormenta

Amy

Cuando bajo las escaleras al día siguiente, el aroma a café recién hecho llena la cabaña. Oliver ya está en la mesa, relajado, con el pelo arremolinado, como si fuera lo más natural del mundo estar completamente despreocupado a tan solo dos días de la boda. Al verlo, siento un leve nudo en el estómago, no de nervios, sino de irritación pura. Sus formas, su calma... es como si estuviera en otro mundo donde la responsabilidad no existiera.

—Buenos días —saluda con una sonrisa, como si todo entre nosotros fuera cordial y ameno. Lo ignoro, como siempre, pero me enfado al ver dónde tiene su café—. ¡Has cogido mi taza!

—Perdone usted, no sabía que tenía dueña —me dice sin hacer el amago de devolvérmela—. ¿Qué? —añade con cara de sorpresa como si no pasara nada.

—Que me la devuelvas. Es mía.

—¿No la habrás traído desde Nueva York?

—Pues sí...

Voy a replicar cuando de repente, la puerta de la cabaña se abre de golpe y entran tres de los amigos de Thomas. El aire frío de la mañana invade el ambiente por unos segundos, pero no es tan gélido como la mirada que le lanzo a Oliver.

—¡Oliver! —uno de los amigos, un tipo alto con chaqueta de lana gruesa, se aproxima rápidamente—. Ya estamos todos preparados para la sorpresa de esta noche. ¿Lo tienes?

Él levanta la vista de su café, parpadeando como si no entendiera a qué se refiere.

—¿Qué sorpresa? —pregunta, y sé que no está bromeando. El desconcierto en la cara de sus amigos me lo confirma.

—El regalo que les vamos a hacer en la despedida de solteros de esta noche. Dijiste que te encargarías, que conocías un *sexshop* con todo tipo de juegos para la noche de bodas y todo eso —explica el segundo amigo, un chico con gafas que parece algo más impaciente.

—Oh, eso... No os preocupéis, todavía hay tiempo —dice Oliver, despreocupado, como si aún tuvieran días para prepararlo todo.

—¿Tiempo? —repiten casi al unísono los tres amigos, incapaces de creer lo que acaban de oír—. ¡Esta noche es la despedida, Oliver! No hay tiempo que perder. ¿Dónde están las cosas?

—Lo tengo todo bajo control —responde, levantando las manos en un gesto de paz que me saca de quicio.

—¿Bajo control? —repito yo, sin poder contenerme, dejando la taza de café en la mesa con demasiada fuerza—. ¿Nos estás diciendo que no has comprado nada?

—¿Qué puedo decir? —responde con una sonrisa que me enerva—. No tuve tiempo y pensé comprarlo aquí. Algunos trabajamos mucho —ironiza.

—¿Aquí? ¿En un pueblo sin casi comercio? Eres un desastre —le espeto, sintiendo cómo la ira me invade—. No puedo creer que alguien te confíe algo tan importante. Si dependiera de ti, esta boda acabaría siendo un caos total.

Uno de los amigos de Thomas asiente en silencio, claramente de acuerdo conmigo, pero no se atreve a intervenir. Se limita a sonreír por lo bajo.

—Amy, no te preocupes tanto —dice Oliver, inclinándose hacia atrás en su silla, completamente relajado—. Si hay algo que sé hacer bien, es improvisar. Ya se me ocurrirá algo.

—No voy a dejar que arruines la boda de mi hermana —digo con firmeza, y me levanto de la mesa—. Yo me encargaré del regalo. Iré a comprarlo ahora mismo.

Los amigos de Thomas parecen tan aliviados como divertidos, pero antes de que puedan decir nada más, salgo de la cabaña, ignorando completamente el hecho de que no llevo abrigo y de que ha empezado a nevar.

El frío me golpea de inmediato cuando pongo un pie fuera, pero mi enfado es lo único que siento realmente. Las palabras de Oliver siguen resonando en mi cabeza. ¿Cómo puede ser tan irresponsable? ¿Tan... indiferente?

—¡Amy, espera! —oigo la voz de Oliver detrás de mí, pero no me detengo. Sigo caminando, pisando con fuerza la nieve, furiosa. Y entonces, de repente, siento que algo cálido me envuelve.

Es Oliver. Me ha alcanzado y me ha puesto mi abrigo sobre los hombros, y antes de que pueda reaccionar, me abraza con fuerza desde atrás para detenerme.

—¡Suéltame! —le grito, girándome de golpe, pero no antes de que ambos perdamos el equilibrio y caigamos sobre la nieve.

El mundo se vuelve borroso por un segundo. La nieve fría me cubre, pero lo que realmente me desconcierta es la cercanía de Oliver. Su cuerpo sobre el mío y su aliento cálido en mi cuello.

—Te dejaste el abrigo —susurra, como si fuera la cosa más natural del mundo estar tirado en la nieve conmigo.

Nuestras caras están peligrosamente cerca. Puedo sentir su respiración contra mi piel, y algo en su mirada me incomoda más que la caída en sí. Lo que podría haber sido una anécdota divertida con la que reírnos, es un momento incómodo que me abruma y enfada.

—No me interesan tus excusas —respondo, tratando de apartarlo. Pero él no se mueve.

—Hueles muy bien —dice de repente, con una sonrisa que, en otra circunstancia, me haría reír. Pero ahora solo me enfurece más.

Lo empujo de nuevo, liberándome de su abrazo, y me levanto de la nieve. Estoy a punto de gritarle algo más cuando él se pone de pie a mi lado.

—Bueno, al menos he conseguido que te pongas el abrigo —comenta, mientras se sacude la nieve de los pantalones—. Sería un desastre que te pusieras enferma antes de la boda.

—¡Eres imposible! —le ataco, pero él sigue sonriendo.

—Venga, te acompaño. Al fin y al cabo, comprar este regalo era mi responsabilidad.

—No te necesito.

—Lo sé y no me importa. Vamos juntos.

Sin que yo lo acepte, nos ponemos en marcha hacia el pueblo en silencio, aunque la tormenta de nieve comienza a intensificarse. A pesar de todo, su presencia a mi lado me provoca una sensación extraña y ese aire de despreocupación que me exaspera, de alguna manera, también me intriga.

Cuando llegamos a la calle principal, nos damos cuenta de que no hay ningún sitio donde comprar algo acorde a una despedida de solteros. Como me esperaba. Preguntamos a la cajera del supermercado y nos indica que la ciudad más cercana está a media hora.

El autobús a la ciudad está a punto de pasar y nos subimos a él. Llegamos al destino congelados, pero sin contratiempos. Tras preguntar en un par de sitios, una joven nos indica dónde podemos comprar juguetes para una despedida de solteros.

—Ves, no era tan complicado —murmura Oliver abriendo la puerta del *sexshop*—. A veces, solo hay que dejar que las cosas fluyan.

—Si te hubieras encargado tú cuando debías, no estaríamos aquí perdiendo el tiempo —respondo con tono ácido, pero él sigue sonriendo

Compramos un conjunto de lencería muy provocativa y lo metemos todo en una caja con dildos y estimuladores, condones, lubricante y unas esposas. Me da una vergüenza horrible estar ahí con Oliver, pero me la trago.

Cogemos el último autobús de vuelta que va casi vacío. La tormenta ha ido a más y el conductor va muy lento, tanto que yo empiezo a cabecear y me duermo. Siento que estoy en un lugar cálido, blandito y acogedor. Un frenazo me despierta y me doy cuenta de que estaba apoyada en el pecho de Oliver.

—¡Oh!, perdón, yo no...—balbuceo.

—Tranquila. Ha sido motivador escucharte ronronear. Entre eso y la caja que llevamos, me

estaba poniendo fino —ríe, pero a mí no me hace ninguna gracia.

Me recompongo y me ajusto en mi asiento, cuando me doy cuenta de que estamos parados.

—¿Qué pasa? —pregunta Oliver al conductor.

—No podemos seguir, nieva demasiado.

—¡Oh! No. Por tu culpa llegaremos tarde a la fiesta —exclamo muy enfadada.

—Tranquila, leona. Todo se solucionará.

—Tú y tu vive el momento. Dejar que todo fluya es lo más irresponsable que he oído nunca —le grito.

—Aún no ha pasado nada y ya estás enfadada. Debes tener una úlcera importante. ¿Qué es eso? ¿Un enfado preventivo? Deberías disfrutar más del momento, Amy.

—Pero, ¿qué coño dices?

—Vamos a esperar a que amaine. Relájense —nos comunica el conductor.

Solo hay una señora más en el autobús. Nos quedamos a oscuras, tengo frío y me siento desprotegida. Oliver me rodea por los hombros y pone una música relajante en el móvil, que nos sirve para iluminar un poco.

—No te preocupes, todo va a ir bien.

Gruño porque ya no me compensa reñir, no puedo hacer nada y lo mejor es aceptar lo que hay. Eso y que se está muy bien en su regazo.

El sonido de motor al arrancar nos saca del sueño. Nos hemos dormido los dos, acurrucados. Ha pasado casi una hora y vamos a llegar tarde a la fiesta, pero no importa. Es lo que hay. La música del móvil hace tiempo que terminó y lo que tiene son muchos mensajes de sus amigos, preocupados unos y soeces sobre qué está haciendo conmigo, otros.

Saco mi móvil y me riño por no haber avisado a mi hermana. Tengo tantos mensajes de ella, audios y llamadas perdidas, que siento el susto que debe tener encima.

—Charlotte, perdona, nos ha pillado una tormenta de nieve. Ya vamos.

—Pero qué coño hacéis, menudo susto, Amy.

—Nada, luego te lo cuento. Vamos a la fiesta directamente.

La oigo murmurar de todo contra nosotros mientras cuelga. Miro a Oliver y los dos nos relajamos gracias a una carcajada que llena el ambiente.

—Eres un estúpido. La que has liado.

—Menudo genio gasta tu hermana. Por fin algo en lo que os parecéis.

Le doy un golpe en el brazo y le digo un «te odio» que sabe a otra cosa.

Llegamos a la cabaña de Charlotte cuando la noche es cerrada. Las luces navideñas de pueblo están apagadas y el frío me cala los huesos. Todo está igual, pero me siento diferente.

La fiesta está en pleno apogeo y, al abrir la puerta, nos reciben entre gritos y abucheos. Pero el verdadero escándalo se forma cuando los novios abren la caja de los regalos.

Capítulo 7

El autobús y los regalos de la discordia

La versión de Oliver

La nieve cae con una fuerza que no había previsto. No es que me moleste, he aprendido a disfrutar de las tormentas, del caos que trae la naturaleza. Pero en este momento, mientras camino junto a Amy por las calles heladas, me doy cuenta de que para ella esto es el tipo de situación que la saca de quicio. No lo dice, claro. No lo diría ni aunque estuviera con el frío hasta los huesos. Amy mantiene esa postura rígida, casi tensa, como si luchar contra los elementos fuera parte de su naturaleza. Sin embargo, hay algo en la forma en que su rostro se contrae ligeramente, en la forma en que su mandíbula se tensa, que me hace verla de manera distinta.

No es solo esa belleza evidente que cualquiera notaría, sino algo más profundo. Hay una vulnerabilidad que ella intenta ocultar constantemente, y es en momentos como este cuando sus barreras empiezan a flaquear, cuando se convierte en una persona más real, menos perfecta.

—Esto es una locura —murmura, ajustando el abrigo alrededor de su cuerpo. La nieve se acumula rápidamente sobre nuestros hombros, y sus pasos son más cortos y precavidos.

—No te preocupes, lo estamos resolviendo bien —respondo con mi tono relajado habitual, porque sé que esa calma la desquicia un poco. Aunque, en este caso, lo digo en serio. Es solo nieve. No entiendo por qué parece molestarle tanto.

—¿Resolverlo bien? —me lanza una mirada incrédula—. Nos vamos a congelar antes de llegar a la tienda.

La verdad es que tiene razón. La tormenta no parece estar dispuesta a amainar, y la temperatura sigue bajando. Pero algo en su frustración me hace querer aligerar el ambiente tenso que hemos creado entre nosotros. La observo mientras sigue caminando, con expresión resuelta, decidida a no quejarse más de la cuenta, aunque solo sea por no darme razones para meterme con ella. Esa determinación suya es lo que más me llama la atención de esta mujer que, desde que la conocí hace menos de dos días, se me ha metido en la piel.

—Siempre tan dramática, Amy —le digo con una sonrisa de medio lado—. Seguro que sobrevivimos. Además, no quiero imaginarme a Thomas y Charlotte sin el *kit* sorpresa para su despedida de solteros.

Ella me lanza una mirada que podría congelar cualquier otra cosa que no fuera ya hielo.

—Es increíble que estemos haciendo esto por culpa de tu falta de planificación —dice, y puedo notar el tono de reproche, pero hay algo en su mirada que me hace pensar que no está tan enfadada como pretende.

—¿Falta de planificación? —me río suavemente—. Esto es lo que se llama improvisar, Amy. Deberías intentarlo alguna vez. Te vendría bien soltar un poco el control.

Ella resopla, claramente molesta, pero no responde. Sé que tocar ese tema siempre la irrita, y una parte de mí no puede evitar disfrutar cómo se enfrenta a esa necesidad de control que siempre la rodea. Pero mientras seguimos caminando bajo la tormenta, y el viento azota su rostro, noto un cambio en su postura. Sus hombros se encorvan ligeramente, como si el peso de todo lo que está cargando —y no me refiero solo al frío— empezara a ser demasiado.

Y en ese momento, algo en mí cambia.

Ya no siento esa simple necesidad de picarla, ni de divertirme viendo cómo reacciona. En su lugar, siento un deseo inexplicable de protegerla. Amy puede ser una mujer fuerte, pero no por eso deja de necesitar que alguien la cuide, aunque solo sea de vez en cuando. Y aunque sé que lo último que querría es que yo lo hiciera, es lo que ahora mismo siento.

—Estamos cerca —le anuncio para que se relaje y suavizar el ambiente. La tienda de juguetes para la despedida, que nos han indicado en el supermercado, está a solo un par de calles. La nieve nos rodea, envolviéndonos en una especie de burbuja, donde el mundo exterior parece haber desaparecido.

—Eso espero —murmura, claramente agotada. Puedo notar cómo intenta mantener el ritmo, pero sus pasos son más lentos, y sus mejillas están enrojecidas por el frío.

Me detengo por un segundo, observándola. Y esa sensación extraña de admiración y cariño que me provoca, vuelve de nuevo. A pesar de todo, sigue avanzando, con esa misma determinación que he llegado a admirar. Y entonces, casi sin pensar, me acerco más a ella y le coloco mi brazo alrededor de los hombros, como si fuera lo más natural del mundo.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta, claramente sorprendida por mi gesto.

—Solo intento que no te congeles antes de llegar —respondo, con una sonrisa despreocupada. Pero la verdad es que quiero sentir que, aunque sea solo por una vez, puedo protegerla de algo, incluso si es algo tan obvio y fácil como el frío.

Ella no se aparta. Y para alguien tan rígido como Amy, eso ya es un gran paso. No dice nada, pero puedo notar que su cuerpo, aunque sea mínimamente, se relaja bajo mi brazo. Seguimos caminando, y durante esos minutos, no hay palabras. Solo el sonido de la nieve bajo nuestros pies, y el viento que sigue soplando con fuerza. Pero a pesar del frío, no me siento incómodo. De hecho, es la primera vez desde que llegamos aquí que siento que estamos en algo parecido a una tregua.

Cuando finalmente llegamos a la tienda, Amy parece más cansada de lo que reconoce delante de mí por culpa de su orgullo. Pero no dice nada. En lugar de quejarse, simplemente sacude la nieve de su abrigo y entra en la tienda conmigo.

Dentro, el contraste es evidente. El calor nos golpea de inmediato, y el ambiente festivo es casi cómico considerando el estado en que hemos llegado. Los estantes están llenos de juguetes y accesorios para despedidas de soltero, algunos de los cuales ni siquiera me atrevo a mirar demasiado de cerca. Pero la expresión de Amy cambia cuando empezamos a buscar el *kit* para la despedida de Thomas y Charlotte. Ahora está más centrada en la tarea y, aunque sigue molesta, noto que el calor la va calmando poco a poco.

—Creo que esto será suficiente —propone observando el interior de una caja que hemos llenado con lencería y accesorios que no debería describir en voz alta.

La miro, conteniendo una sonrisa.

—Perfecto. Seguro que esto es justo lo que necesitaban para su gran noche.

—Me parece surrealista que estemos haciendo esto —responde, pero hay una leve sonrisa en sus labios.

Y ahí está. Ese pequeño destello de vulnerabilidad mezclado con humor. Esa mezcla que hace que quiera quedarme más cerca de ella, protegerla de todo lo que la hace sentir tan fuera de lugar. Y lo peor —o quizás lo mejor— es que cada vez me siento más atraído por ella. No solo porque sea hermosa, sino porque, detrás de todo ese control, sé que hay una mujer que necesita aprender a dejarse llevar. Y estoy empezando a desear ser la persona que le enseñe a hacerlo.

Salimos de la tienda, y la tormenta sigue golpeando con fuerza. Pero esta vez, Amy no parece

tan molesta. Nos dirigimos hacia la parada del autobús y, mientras la nieve sigue cayendo, no puedo evitar pensar que, de alguna manera, este pequeño caos nos está acercando más de lo que ninguno de los dos esperaba.

Cuando subimos al autobús, nos sentamos en silencio. Pero esta vez, la tensión entre nosotros es diferente. No es la incomodidad del principio, sino algo más suave, más cómodo. Miro a Amy de reajo, y aunque sigue firme, puedo notar que algo ha cambiado. Quizás no para ella, pero definitivamente para mí.

Y mientras el autobús nos lleva de vuelta a la fiesta, con parada por estar el camino intransitable, me doy cuenta de que estoy deseando descubrir qué más hay detrás de esa barrera que Amy ha construido. Porque, por primera vez en mucho tiempo, siento que quiero algo más que una simple amistad. Y eso, para mí, es tan inesperado como la tormenta de nieve que nos rodea.

Capítulo 8

Resaca de tormenta

Amy

La luz de la mañana entra débilmente por la ventana, reflejada en la nieve que cubre todo el paisaje de Altenberg. Parpadeo un par de veces, sintiendo cómo el dolor de cabeza late en mis sienes como un tambor. Estoy tirada en el sofá, acurrucada entre mantas, pero algo no cuadra. Siento una presión en el pecho, algo pesado y cálido. Abro los ojos del todo, y ahí está. Oliver. Durmiendo a mi lado, con su brazo alrededor de mí como si fuera lo más natural del mundo. Lo primero que me viene a la mente es que, de algún modo, hemos terminado enredados en el sofá. Lo segundo es que no recuerdo nada. Mi respiración se acelera. Lo miro detenidamente, intentando reconstruir lo que pasó anoche. Pero cuanto más lo intento, más en blanco me quedo. Miro nuestras ropas: estoy medio desvestida, con una camiseta que no es mía, y él... bueno, él está en calzoncillos. El pánico me recorre como un rayo.

De un salto, me aparto de él, lo suficientemente rápido como para tirarme casi de cabeza al suelo. Mi corazón late con fuerza, y el susto me despeja al instante. ¿Qué demonios ha pasado aquí?

—¿Qué... qué...? —empiezo a murmurar, incapaz de hilar una frase coherente.

Oliver abre un ojo lentamente, como si todo esto fuera un simple despertar de domingo.

—Buenos días, dormilona —dice con esa maldita sonrisa que tanto odio—. No te pongas nerviosa, que no muerdo. Por cierto, ¿te han dicho alguna vez que ronroneas mientras duermes? —añade con un tono que me irrita aún más—. Bueno, ya te lo dije en el autobús...

—¿Qué..., qué ha pasado? —grito, cortándole, demasiado fuerte para mis propios oídos. La cabeza me da vueltas—. Estamos medio desnudos en el sofá, Oliver. ¡¿Qué hemos hecho?!

Él se estira con pereza, sin mostrar la más mínima preocupación, como si toda esta situación fuera de lo más normal.

—No pasó nada —asegura, mientras se levanta lentamente—. Lo habrías recordado, créeme —añade cargado de suficiencia.

Lo miro fijamente, tratando de interpretar si habla en serio o simplemente se está burlando de mí. Pero su expresión es de total serenidad, lo cual me enfurece aún más. ¿Cómo puede tomarse todo tan a la ligera? Yo, en cambio, siento como si todo mi mundo estuviera patas arriba.

—Bueno, lo que sí pasó fue que la tormenta no ha parado y estamos atrapados —dice, como si fuera lo más divertido del mundo, asomado a la ventana que hay junto a la puerta—. Así que...

tenemos tiempo de sobra para hablar, porque no podemos salir hasta que vengan los quitanieves.

Respiro hondo, intentando calmarme. Me acerco a la ventana y, efectivamente, la nieve sigue acumulada hasta el punto de bloquear la puerta principal.

—¿Qué hacemos? —pregunto, tratando de sonar razonable y sin perder la calma—. No podemos quedarnos aquí todo el día sin hacer nada.

—Relájate —dice Oliver, dirigiéndose a la cocina—. Voy a preparar café, y luego decidimos, ya improvisaremos algo.

La paciencia me flaquea.

—¿Improvisar? —repito, cruzando los brazos—. Estoy empezando a odiar esa palabra.

Él se ríe por lo bajo, mientras empieza a preparar el café. Se mueve con esa soltura que parece tan natural en él, como si no le afectara absolutamente nada. Para ser un desconocido que no voy a volver a ver en mi vida, me molesta demasiado y no sé por qué.

—¿Cómo lo quieres? —pregunta desde la cocina.

—Fuerte. Muy fuerte. Como para borrar la memoria de la noche pasada —murmuro.

—Me temo que para eso no te hace falta café, más bien para recordar, si te atreves —ríe para sí mismo. Es increíble lo gracioso que se considera, pienso con enfado.

Lo ignoro, no voy a entrar en ese juego con este dolor de cabeza. Me acerco al sofá, buscando mis cosas. Saco el móvil y veo varias llamadas y mensajes de Charlotte. Mi hermana debió de pensar que la tormenta nos había sepultado.

—Tengo varios mensajes de mi hermana —le informo mientras me siento en una esquina del sofá. Miro a Oliver, que sigue tarareando mientras remueve el café—. Charlotte se debe haber asustado mucho.

—Mira tú, qué detalle —responde él, irónico, mientras coloca una taza de café frente a mí—. ¿La vas a llamar ahora o prefieres seguir recuperándote de la fiesta de anoche antes de hablar? Tienes la voz ronca.

Lo miro fijamente, aún confundida. Anoche... Algo empieza a surgir en mi memoria. Bailamos, reímos, bebimos más de la cuenta. Y luego... ¿Bailé con Oliver? El estómago se me revuelve. No puede ser. O puede que sí.

Tomo el teléfono y llamo a Charlotte. El tono suena y ella contesta casi al instante, claramente preocupada.

—¡Amy! ¿Estás bien? —grita—. Os pedí a todos que avisarais al llegar a las cabañas cuando os fuisteis al empezar la tormenta y todos lo han hecho menos Oliver y tú, que no habéis dado señales de vida. Me moría de preocupación. —Así habla la exagerada de mi hermana. No le hago

caso.

—Todo bien, llegamos sanos y salvos, pero muy cansados —respondo, mirando a Oliver de reojo.

—Ya, ya. ¿Y lo de anoche qué? —pregunta Charlotte, bajando la voz, con un tono que no me gusta nada—. Tengo algunas cosas que contarte, hermana. Y seguro que tú también.

Mi corazón se detiene un segundo.

—¿De qué estás hablando? —pregunto, tratando de mantener la calma—. ¿Qué pasó en la fiesta de despedida?

Charlotte ríe, divertida, y puedo imaginar su cara de «te lo dije».

—¿No te acuerdas de cómo bailaste con Oliver? Vaya, hermanita, me impresionaste. Parecías otra. Incluso... Bueno, digamos que besaste a Oliver en la cocina.

Casi se me cae el teléfono al suelo. El color sube a mis mejillas, y mi mirada se dirige automáticamente hacia Oliver, que está recogiendo la cocina. Por suerte lleva los auriculares puestos y no debe de oírme. Aun así, bajo la voz y me giro para darle la espalda.

—¿Besé a Oliver? —pregunto en un susurro, horrorizada.

—Oh, sí. Y no fue un beso discreto. Pero no te preocupes, nadie más que yo se dio cuenta, y al verme entrar en la cocina, salisteis por separado y no os volví a ver juntos —se ríe Charlotte—. ¿Cómo siguió la cosa? Pensaba que no os llevabais bien.

Me quedo en silencio, procesando la información. Oliver, que no sé si se ha dado cuenta de mi conversación, me lanza una mirada divertida, mientras se inclina hacia el fregadero lavando las tazas del café.

—Yo..., yo no recuerdo nada. ¿Me hablas en serio? No puede ser. ¿Cuándo van a quitar la nieve? Necesito salir de aquí. Empiezo a ahogarme.

—No lo sé. ¡Vaya faena! Se nos ha estropeado el día de esquí. Bueno, espero que estés bien —continúa Charlotte—. Seguro que sobrevives a un día de encierro, sobre todo tú que te pasas días sin salir de tu apartamento. Oliver no sé cómo lo llevará, nunca para quieto. Haced algo divertido.

La risita que acompaña a esa frase me indigna.

—¿De qué hablas?

—De nada, cariño. ¡Hablamos más tarde! ¡Ah! Por cierto, mañana antes de la boda vas a tener que pasar por algo que no te gusta, te aviso ya porque sé que después me querrás matar.

Cuelga el teléfono dejándome con la intriga. Me quedo molesta por lo que ha dicho y siento cómo mi cara arde de vergüenza. Si es que no tenía que haber venido, cada Navidad un desastre

más. Estas fechas son para que me quede encerrada en mi casa conmigo misma, que soy mi mejor compañía. Encerrada voy a estar hoy, pero sobra uno para que sea perfecto.

Oliver se acerca lentamente, con esa media sonrisa que siempre me irrita.

—¿Algún problema, Amy? —pregunta con su tono habitual, fingiendo inocencia y como si no tuviéramos un problema con la nieve en la puerta.

—Nada que te importe —respondo, aunque mi voz tiembla ligeramente por la duda de lo que ocurrió en la fiesta y la incertidumbre por lo que él pueda recordar.

Oliver, ignorante de mis pensamientos, se sienta a mi lado, demasiado cerca para mi gusto.

—Si te preocupa lo de anoche, te vuelvo a repetir. No pasó nada... más allá del beso, claro —dice con una sonrisa burlona y doy un brinco, ¿no habré pensado en voz alta? Estoy segura de que no. ¿Cómo puede saber lo que pienso?

Lo miro furiosa, sin poder encontrar las palabras para replicar.

—¿Es que te estás burlando de mí? —le increpo, sin poder contenerme más.

—¿Yo? Jamás. Pero te noto preocupada porque no recuerdas la fiesta ni la llegada a la cabaña... —hace una pausa dramática, como si disfrutara con la situación—. Tranquila. No me interesas..., de esa manera.

La ira me invade de nuevo, pero esta vez es diferente. En lugar de sentir alivio, me siento... molesta. Como si su rechazo fuera lo peor que pudiera haberme dicho. ¿No me considera una opción?

—¿Qué quieres decir con eso? —espeto, frunciendo el ceño.

—Lo que has oído. No tienes que preocuparte por nada que no quieras. No eres mi tipo —añade, encogiéndose de hombros.

Esa frase me deja sin palabras. Y lo peor es que me enfada aún más. ¿Cómo puede ser tan arrogante?

Antes de que pueda decir nada más, me voy a la ducha a tratar de que el agua se lleve este mal rollo. Quizá cuando me despeje, lo vea todo más claro. Ya que el día se plantea aburrido y encerrada, me pongo un pantalón de chándal gris y una camiseta blanca para estar cómoda. Cojo una novela y bajo a la sala.

Sin cruzar ni una palabra, cuando Oliver me ve, asiente ligeramente y sube él a la ducha. Ojalá se quede allí hasta que llegue el quitanieves. No tengo tanta suerte y a los quince minutos aparece también con un pantalón de deporte gris, pero su camiseta es negra y se le ajusta lo suficiente a sus pectorales. ¡Guau! Será un idiota, pero de cuerpo, vaya cuerpo... Encima, para rematar mi incomodidad, huele a ropa limpia y a una colonia cítrica que me vuelve loca. Y por si eso fuera poco, lleva el pelo mojado y peinado, lo que me deja ver sus preciosos ojos azul cielo.

Que se haya afeitado y me fije en que tiene una boca sensual, de labio comestible, no es nada beneficioso para mi aletargado corazón y mis necesidades más íntimas. Que lleve meses sin acostarme con nadie, no ayuda a mantener mi cordura.

¡Dios! No puedo estar pensando esto del arrogante y estúpido fan de la improvisación. Estoy que me subo por las paredes y su actitud solo me irrita más. También estoy enfadada con mi hermana por arrastrarme a algo tan poco organizado y en plenas Navidades.

Todo esto es una mierda.

Me acurruco en el sofá con mi libro, tratando de ignorarlo y confiando en que la historia de la novela me anime y me evada de toda esta situación caótica. Él se planta frente a la chimenea para que siga caldeando la cabaña, y me regala unas buenas vistas a su espalda y su trasero. ¿Lo hace a propósito?

Llevo la mirada rápidamente al libro cuando noto que se mueve.

—¿Está bien así? —pregunta.

—Sí, bien. Gracias. —Hablo sin quitar la vista de mi libro, ignorándolo.

—¿Quieres comer algo?

—Bueno.

—Voy a ver qué hay. Y si quieres, hablamos de anoche.

—No hace falta.

No quiero hablar, solo leer y olvidarme de este fin de semana y de todos los Oliver arrogantes del mundo. Aunque huelan bien, me hagan reír y estén como un queso. Los odio a todos, empezando por el que tengo compartiendo mi espacio.

Oliver se sienta en el sillón y deja sobre la mesa de centro una bandeja con varios quesos suizos cortados, algo de pan que ha tostado, unos tomates y dos copas de vino. Comemos en silencio, él mirando su móvil y yo sin dejar la novela, aunque me entero poco de lo que leo.

Al acabar de comer, recojo y vuelvo al sofá con mi libro. Me quedo dormida enseguida hasta que suena el ruido de las máquinas quitanieves, y me despiertan. La tormenta ha amainado y, al fin, podremos salir de la cabaña.

La tarde avanza perezosa y lenta, y cuando las calles están despejadas, Charlotte nos llama para invitarnos a cenar en su cabaña. Pero Oliver, en un gesto inesperado, propone algo diferente.

—¿Por qué no venís a cenar aquí? —sugiere, con una sonrisa confiada—. Yo puedo improvisar algo.

—¿Tú cocinas? —pregunto, escéptica.

—Tú, déjalo fluir —responde, con una mirada que me exaspera tanto como me intriga—. Traed lo que sea y ya improvisamos algo.

Charlotte y Thomas aparecen poco después, cargados con comida y bebida, y juntos preparamos una cena que, a pesar de todo, resulta sorprendentemente buena. Oliver se mueve por la cocina con soltura, improvisando platos con lo que tenemos a mano. El ambiente en la cabaña se vuelve más cálido, y poco a poco, mis nervios se disipan.

Pero cada vez que lo miro, no puedo dejar de pensar en lo que Charlotte dijo, en ese beso

que, según parece, nos dimos y sobre el que no hemos hablado. Aunque pienso que no sería nada del otro mundo cuando ni siquiera me acuerdo. ¿Cómo llegamos a eso y por qué acabamos abrazados en el sofá sin subir a nuestras habitaciones? Haber perdido el control, no tener respuesta a algo tan inapropiado y raro en mí, esa es mi gran preocupación.

Capítulo 9

Batallas bajo el mismo techo durante la tormenta

La versión de Oliver

La nieve no deja de caer, tapa el camino de entrada a la cabaña, y nos tiene sepultados y lejos de la tranquilidad que había en el exterior. Estamos atrapados en esta cabaña, solo Amy y yo, y en parte siento que el destino nos ha encerrado aquí con una especie de propósito. No lo diría en voz alta, claro, pero es como si el universo estuviera jugando una broma extraña. Aquí estamos, en medio de una tormenta y yo solo pienso en lo curioso que es que justamente estemos aislados, cuando claramente todo entre nosotros está a medio camino entre la guerra y la paz.

Pero hoy hay algo diferente. La mañana ha comenzado con una sorpresa incómoda. Me despierto y la encuentro junto a mí en el sofá, los dos medio desvestidos. El alcohol de la fiesta de anoche nos ha pasado factura. Al principio, Amy no se mueve, pero cuando se da cuenta de lo que ha pasado, su reacción es inmediata: salta del sofá como si la hubiera electrocutado.

—¿Qué... qué...? —balbucea, con los ojos bien abiertos, como si no pudiera creerlo.

Me río para mí mismo. No debería, pero su cara de susto es demasiado buena como para no disfrutarla un poco.

—Tranquila —le digo, estirándome en el sofá—. No pasó nada. Si lo hubiera hecho, lo recordaría. Créeme.

Ella me mira, furiosa, pero también avergonzada. Y aunque trato de no disfrutar demasiado de su incomodidad, algo en mí se siente tentado a picarla más.

—Deberías relajarte, Amy —añado con una sonrisa juguetona—. A veces, las cosas simplemente suceden.

Su respuesta es un gruñido y veo cómo busca su móvil por el sofá. Me ofrezco a hacer café mientras llama a su hermana y me voy a la cocina desde donde la veo gesticular. Me pongo los auriculares con música para respetar su privacidad, pero sigo observándola; hay algo en su vulnerabilidad que me atrae demasiado y no me lo voy a negar, por muy capullo que esté siendo con ella y aunque sepa que en dos días no nos volveremos a ver. Amy es fuerte, sí, pero también hay momentos en los que se le nota que el control que intenta mantener es artificial, como si actuara para dar vida a un personaje que no es ella en realidad. Y me pregunto cuánto tiempo podrá seguir fingiendo sin agotarse.

Cuando cuelga, más calmada, me mira de reojo. Sé que no quiere hablar de lo que pasó anoche, o de lo que cree que pudo haber pasado, pero la curiosidad la carcome.

—Charlotte me ha contado que... —empieza, pero se calla de inmediato.

La miro, divertido. Así que Charlotte fue la que soltó la bomba.

—¿Que qué? —pregunto, haciéndome el inocente.

—Que... nos besamos anoche. En la fiesta —reconoce, incómoda.

La verdad es que sí, nos besamos. Fue un beso borracho, impulsivo, pero, aun así, lo recuerdo. Y, si soy sincero, no fue desagradable. De hecho, fue todo lo contrario. Pero la expresión de Amy me dice que para ella eso es lo peor que podría haber pasado. Está tan tensa que parece a punto de romperse.

—No te preocupes —le digo con una sonrisa tranquilizadora—. Fue solo un beso. Nada del otro mundo.

—¡Para ti no será nada! —explota—. ¡Yo no beso a cualquiera!

—No soy cualquiera —respondo, manteniendo mi sonrisa—. Además, ¿no decías que no recuerdas nada? Si no lo recuerdas, es como si no hubiera pasado, ¿no?

Eso parece descolocarla más, y veo cómo su frustración se incrementa.

—Eres insoportable —gruñe mientras se cruza de brazos y se aparta de mí, intentando poner distancia.

Me río, pero esta vez no insisto. Puedo ver que está afectada, más de lo que le gustaría reconocer delante de mí, y no quiero que el día pase con más tensión de la necesaria. Me acerco a la ventana y observo cómo la nieve sigue cayendo. Estamos atrapados aquí, juntos, y el destino parece estar jugando con nosotros.

La tensión que nos rodea no se va, pero tampoco es la misma de antes. Ahora es más real porque hay un motivo; es como una cuerda que está cada vez más tirante. Y sé que, de alguna manera, la única forma de que esta cuerda se afloje es enfrentarnos a lo que está pasando entre nosotros. Pero Amy no está lista para eso. Aún no.

—No vamos a salir de aquí hasta que amaine la tormenta —le digo, cambiando de tema—. Así que más vale que te acostumbres a estar atrapada y convivir conmigo.

Ella no responde, pero puedo ver en su mirada que no está feliz con la idea.

El silencio se instala entre nosotros mientras la tarde avanza, después de que hayamos comido algo de queso y poco más. Intento leer un libro, pero no puedo concentrarme del todo. Mi mente sigue dándole vueltas a la situación. Amy y yo, solos en una cabaña, con una tensión creciente que ninguno de los dos quiere cortar. Es irónico. Llevamos tanto tiempo evitando lo que realmente pasa entre nosotros, y ahora el destino nos ha puesto aquí, en esta situación que parece diseñada para enfrentarnos a lo inevitable.

Amy está sentada frente a la chimenea, con el ceño ligeramente fruncido, concentrada en el libro que sostiene. Yo sonrío para mí mismo, complacido. Incluso cuando está intentando relajarse, se nota que su mente no deja de dar vueltas, de planificar y de intentar mantener todo bajo control. Y aquí estoy yo, disfrutando de cómo, poco a poco, se va desmoronando esa fachada perfecta que siempre intenta mantener.

Me acomodo en el sofá, observándola sin disimulo, porque sé que eso la pone incómoda. Y quizás, muy en el fondo, lo hago a propósito. No puedo evitarlo. Amy y yo somos como dos polos opuestos: yo, el que improvisa y deja que la vida lo sorprenda, y ella, la que necesita tener todo calculado, incluso lo que no puede controlar. Y, sin embargo, aquí estamos, obligados a compartir el mismo techo por culpa de esta tormenta. ¿Destino? Puede ser.

—Deja de mirarme así —dice sin apartar la vista de su libro, pero su tono es serio, como si de verdad le molestara.

—¿Así cómo? —respondo, fingiendo inocencia.

—Como si estuvieras esperando a pillarme, a que diga algo inconveniente, no sé... —me lanza una mirada rápida y vuelve a centrarse en la lectura.

Sonrío para mí mismo. Amy siempre a la defensiva y tan alerta. Y, curiosamente, eso es lo

que más me atrae de ella. Porque sé que, detrás de toda esa rigidez, hay una persona que ni siquiera ella está dispuesta a dejar salir. Y aunque no me lo he propuesto conscientemente, cada día que pasa me encuentro más interesado en descubrir quién es realmente.

—¿Te molesta? —pregunto, aunque sé la respuesta.

—Sí. —Esta vez cierra el libro y me mira directamente, con esa firmeza que tanto me gusta—. Deja de hacerlo.

Me río suavemente, pero no digo nada. En lugar de eso, me levanto del sofá y me acerco a la ventana. La nieve sigue cayendo sin descanso, cubriendo el paisaje de blanco. Si hay algo que me gusta de las tormentas es cómo logran detenerlo todo, cómo fuerzan a las personas a pausar, a enfrentarse a lo que tienen delante. Y en nuestro caso, nos ha obligado a estar aquí, solos.

El silencio entre nosotros se vuelve cómodo, extraño, porque rara vez estamos así. Normalmente, cuando estamos juntos, hay una chispa de tensión, de desafío. Hoy no es diferente, pero hay algo más. Una sensación de calma, de familiaridad que empieza a calar hondo, al menos en mí. Como si, después de todos esos enfrentamientos, algo dentro de mí empezara a reconocerla como alguien más que una simple amiga de mi hermana. Ninguna mujer me ha provocado jamás como lo hace ella, y sin pretenderlo.

—No te hagas ilusiones, esto no me gusta más que a ti —dice de repente, como si hubiera leído mis pensamientos.

Me giro para mirarla, sorprendido. Amy se ha levantado del sillón y ahora está de pie, observando por la ventana junto a mí. La luz del fuego de la chimenea ilumina su perfil y, por un segundo, me permito observarla con detenimiento. Hay algo en su rostro que no había notado antes: la mezcla de firmeza y vulnerabilidad que tanto me desconcierta y una belleza fuera de lo común.

—No me hago ilusiones —le respondo, pero mi tono es más suave que de costumbre—. Pero no puedo evitar pensar que estar aquí, los dos solos, tiene algo de irónico.

Ella me lanza una mirada de advertencia, pero no dice nada.

—Es como si el destino estuviera jugando con nosotros —continúa, mirando de nuevo la tormenta—. Tú y yo, siempre en pie de guerra, pero aquí estamos. Atrapados y juntos.

—¿Destino? —suelta una carcajada irónica—. Esto no es el destino, Oliver. Es solo una mala planificación y muy mala suerte.

—Tal vez, pero también es curioso cómo todo parece llevarnos a estar aquí. —Mi voz baja un poco, mientras sigo observando el paisaje nevado—. Como si fuera inevitable.

Amy se queda en silencio. Por primera vez desde que llegamos, noto que sus hombros se relajan ligeramente. Quizás es el cansancio, quizás es la tormenta, o quizás... simplemente está empezando a aceptar que no puede controlar todo.

—Deja de intentar analizarme y dar explicaciones a todo —dice, pero su tono ya no tiene el filo de antes—. No tiene sentido.

—No analizo nada —respondo—. Solo es lo que siento.

La miro de nuevo y, por un segundo, nuestras miradas se cruzan en un entendimiento silencioso. Sé que ella siente lo mismo, aunque nunca lo admitirá. Esa atracción, ese deseo que crece con cada pequeño enfrentamiento. Se lo noto en el brillo de sus ojos, en que trata de esconder las sonrisas que me dedicaría y en que a veces se le eriza la piel cuando estoy cerca de ella. Pero también sé que Amy nunca dejará que las cosas fluyan tan fácilmente como lo haría yo. Y más cuando pronto nos iremos cada uno a su casa, yo a Londres y ella a Nueva York.

Y entonces, lo sé. Sé que, si quiero conquistarla, si quiero que ella se abra, voy a tener que hacer más que simplemente disfrutar de nuestras pequeñas batallas verbales. Voy a tener que demostrarle que no todo necesita estar bajo control, que puede confiar en alguien más, que puede confiar en mí pese a todo. Que no soy el capullo que ha conocido. Y me maldigo por jugar ese papel que no me beneficia nada. Yo no soy así y se va a quedar sin saberlo. Es el miedo el que me hace actuar de esa manera.

Siento un deseo inexplicable de cuidarla, de protegerla de todo lo que la hace sentir tan fuera de lugar, de disfrutar con ella. No porque piense que es débil, sino porque veo más allá de esa careta que muestra al mundo. Y sé que, si se lo permito, ella también podría darme algo que no tengo: equilibrio.

—¿En qué piensas? —me pregunta, observándome con atención.

—En nada. —Miento, aunque sé que no me cree. Pero es demasiado pronto para decirle lo que realmente pasa por mi mente.

El día avanza, y con cada hora que pasa en esta cabaña, siento que estamos en una especie de tregua no declarada. Nos movemos alrededor del mismo espacio, hablando poco, pero siendo conscientes el uno del otro todo el tiempo. Y es en esa tensión contenida donde encuentro una extraña paz. Porque, aunque Amy no lo sepa, estoy disfrutando de cada segundo de esta *improvisada* convivencia que se ve rota cuando Charlotte y Thomas vienen a cenar después de que los quitanieves volvieran a conectarnos unos con otros.

A mí me quedan batallas por delante que librar con Amy. Sé que, ahora que la tormenta amaina, volveremos a nuestros pequeños enfrentamientos. Pero algo ha cambiado entre nosotros. Y mientras la observo preparar un té junto al fuego, no puedo evitar sonreír para mí mismo. Porque, en el fondo, sé que este encierro ha sido el punto de partida de algo más grande.

Y, aunque ella no lo vea aún, yo ya estoy decidido: quiero ayudarla a soltar esa rigidez con la que ha venido al pueblo más especial de mi vida. Quiero que aprenda a dejarse llevar, y sé que, si me deja, puedo ser yo quien la enseñe.

El destino nos ha traído aquí por una razón, y aunque Amy no lo quiera aceptar, yo lo tengo claro: no pienso dejar que esta oportunidad se me escape.

Capítulo 10

Una Navidad inesperada

Amy

Me despierto y lo primero que veo son las montañas de Altenberg, que amanecen cubiertas por un manto blanco, a través de la ventana de mi habitación. El sol, que apenas se asoma entre los picos, promete un día claro y brillante. El momento del año que más odio ha llegado y, curiosamente, no me siento tan mal. Es el día de Navidad y, mientras estiro los brazos bajo las mantas, siento una extraña sensación de calma. Hoy es la boda de Charlotte, y aunque la Navidad no suele ser una fecha que me entusiasme, algo en el aire de esta mañana me transmite una sensación diferente. No hay tensión en mi cuerpo, solo una cálida sensación de felicidad por mi hermana y el firme propósito de que su día sea tan especial como merece.

Me siento en el borde de la cama y me concedo unos minutos para contemplar el paisaje por la ventana. Las copas de los árboles están llenas de nieve y las chimeneas del pueblo desprenden pequeñas columnas de humo que se elevan perezosas hacia el cielo. A lo lejos, las montañas se tiñen de un leve tono rosado con los primeros rayos de sol. En este momento, Altenberg parece un lugar sacado de un cuento de hadas, tan diferente a la bulliciosa Nueva York que dejé atrás. Oliver tenía razón.

Al recordar la cena de anoche, no puedo evitar sonreír. Fue una velada más tranquila de lo que esperaba, pero sorprendentemente acogedora. Thomas y Charlotte llegaron con cajas llenas de comida y bebida, y Oliver, contra todo pronóstico, demostró ser un cocinero bastante decente. El *risotto* de setas que preparó fue, literalmente, el plato de la noche. Pero más allá de la comida, lo que realmente me sorprendió fue el ambiente.

Oliver y yo apenas hablamos al principio, pero mientras la noche avanzaba, noté que la tensión entre nosotros disminuía. Charlotte, siempre tan animada, se encargó de mantener la conversación amena y divertida, mientras que Thomas bromeaba constantemente sobre cómo conoció a mi hermana, la boda y las sorpresas que nos esperaban. Tienen un humor muy similar y se lo pasan tan bien juntos que hasta me dan envidia. Hubo un momento en el que nos reímos tanto que me sentí muy relajada y cómoda, por primera vez desde que llegué a los Alpes. Oliver, por su parte, parecía haber dejado su actitud provocadora y arrogante a un lado. Incluso me ofreció una copa de vino con una sonrisa sincera, lo que me descolocó bastante. Tuvo una amabilidad cercana que no me esperaba. Y eso me caldeó el pecho.

Me levanto de la cama y me dirijo al baño. El agua caliente de la ducha me despeja por completo y, mientras el vapor llena la pequeña habitación, dejo que mi mente se libere de cualquier preocupación. Hoy quiero estar bien para mi hermana, quiero que este día sea perfecto para ella.

Una vez lista, me visto con unos vaqueros cómodos y un jersey blanco de lana suave, perfecto para el frío de las montañas. Bajo a la cocina y preparo algo para desayunar. El aroma del café recién hecho se mezcla con el olor a leña quemada que aún flota en el aire desde la noche anterior. Me siento junto a la ventana, con la taza entre las manos, y observo el paisaje

nevado. La tranquilidad de este lugar es abrumadora, pero, en cierta manera, reconfortante.

Después de terminar mi café, me pongo el abrigo y salgo hacia la cabaña de Charlotte para ayudarla con los últimos preparativos. Llevo mi vestido para la boda porque luego nos vestiremos juntas, mientras que Thomas se arreglará en mi cabaña, con Oliver, e irán juntos a la ceremonia. Pero eso será después.

Cuando salgo, el frío golpea mi rostro al instante, pero no es desagradable. Camino lentamente, disfrutando del crujir de la nieve bajo mis botas y del aire fresco de la mañana. La cabaña de Charlotte está a solo unos metros y, cuando llego, el bullicio en su interior me recibe con una calidez que me hace sonreír.

Mi hermana está en la cocina, moviéndose de un lado a otro con esa energía inagotable que siempre ha tenido. Me abraza en cuanto me ve.

—¡Buenos días, Amy! —exclama—. Hoy es el gran día, no me lo puedo creer.

La observo, radiante de felicidad, con los ojos brillantes y el rostro ligeramente enrojecido por la emoción. ¡Me alegro tanto de verla así! Pienso en lo que le hubiera gustado a mis padres estar hoy con nosotras y una lágrima asoma a mis ojos. Voy a dejar mis reticencias a un lado para ser la mejor hermana del mundo. Charlotte se lo merece.

—Lo sé, cariño. Hoy es tu día. —Le devuelvo el abrazo con una sonrisa—. ¿Necesitas ayuda con algo?

—¡Claro! —responde mientras me ofrece una mascarilla facial—. Vamos a relajarnos un poco antes de que todo comience. Ya sabes cómo va esto: primero, estar radiantes, y luego nos enfrentamos al estrés con la mejor cara posible —ríe.

Nos sentamos juntas en la mesa de la cocina, aplicándonos las mascarillas mientras charlamos sobre la boda, la Navidad y lo mucho que ha cambiado todo en el último año. La conversación fluye de manera tan natural que, por un momento, me olvido de lo mucho que me agobia esta época del año. Charlotte está tan emocionada que no puedo evitar contagiarme de su entusiasmo.

—¿Sabes? Estoy tan feliz de que estés aquí conmigo hoy, Amy —dice de repente, con los ojos brillantes por las lágrimas—. Significa mucho para mí.

—No me lo perdería por nada del mundo —le aseguro, y lo digo de corazón.

Después de un rato, ya con las caras hidratadas y radiantes gracias a la mascarilla, los amigos de Charlotte y Thomas empiezan a llegar. La casa se llena de jolgorio y conversaciones animadas. Todos están emocionados por el gran día que nos espera, y el ambiente es tan acogedor que me siento parte de algo especial. Algunos de los amigos comentan lo hermoso que está el pueblo bajo la nieve, y debo reconocer que estoy de acuerdo, pese a mi recelo inicial. Las luces navideñas en las calles, el humo de las chimeneas, y el constante crujido de la nieve bajo los pies crean una atmósfera mágica que incluso yo, con mi aversión por la Navidad, sé apreciar.

—Amy, hay algo que debo contarte —me advirtió Charlotte mientras nos preparamos para salir al centro del pueblo—. Verás, Thomas y yo hemos organizado una pequeña sorpresa navideña para todos vosotros, que no os hemos contado... Sin embargo, temo que tú lo pases mal. Si te quieres ir, hazlo, pero prometo que, si te quedas, será especial.

—¿Qué sorpresa? —quiero saber. Noto en mi interior una mezcla de curiosidad y sospecha, con los nervios a flor de piel.

—Vamos a visitar la casita de Santa Claus —admite Charlotte, un poco nerviosa—, como si fuéramos niñas. Sé que no es lo tuyo, pero lo hemos hecho con mucho cariño. Solo será un rato.

Resoplo en silencio, pero al ver la mirada ilusionada de mi hermana, no puedo decir que no.

—Está bien. Pero solo porque es tu boda —respondo, tratando de sonar menos frustrada de lo

que me siento.

Caminamos todos juntos hacia el centro del pueblo. Las calles están decoradas con guirnaldas de luces y adornos de pino que cuelgan de las farolas. Los escaparates están llenos de escenas navideñas y, aunque intento no prestarle demasiada atención, es cierto que me siento un poco más relajada, gracias a las respiraciones que alivian las punzadas en mi pecho. El ambiente festivo lo impregna todo y, a pesar de mis reticencias, admito que Altenberg tiene un encanto que me atrapa. Es imposible no formar parte de todo esto.

Cuando llegamos a la casita de Santa Claus, me detengo en seco. La pequeña cabaña de madera está decorada con luces que parpadean suavemente y de la chimenea sale un humo que huele a leña quemada. La puerta se abre y un hombre vestido de Santa Claus nos recibe con una sonrisa enorme y una risa cálida.

—¡Bienvenidos, bienvenidos! —exclama con una voz profunda—. Pasad, pasad, no os quedéis fuera con este frío.

El interior de la casita está decorado de manera tan acogedora que me hace sentir una pequeña punzada en el corazón. Hay una mesa llena de tazas de chocolate caliente, galletas Spitzbuben de Navidad y de jengibre, y caramelos de colores. El fuego crepita en la chimenea, y todo el lugar desprende un calor que contrasta con el frío exterior. A pesar de mí misma, me siento envuelta en la magia del momento.

Santa Claus se acerca a nosotros y nos ofrece unas tazas de chocolate caliente. Me fijo en los detalles: las paredes están cubiertas de luces cálidas que titilan, hay pequeños adornos navideños colgando del techo, entre los que predomina el rojo y el verde, y el olor a canela y pino llena el ambiente. Todo parece sacado de una postal navideña. Me siento un poco fuera de lugar, pero el calor de la taza en mis manos me reconforta.

—La Navidad no es solo una fecha —declama Santa Claus mientras nos observa con una sonrisa—. Es el momento de crear recuerdos, de estar con la familia y con los amigos, y de hacer algo especial cada año. No importa lo que haya sucedido antes, siempre podemos crear algo nuevo. Cada Navidad es una nueva oportunidad para amar, para perdonar y para disfrutar de lo que la vida nos ofrece. No solo la boda que celebraréis hoy, mirad a vuestro alrededor y quedaros con esos bellos recuerdos que estáis creando, con la belleza de las nuevas oportunidades que trae cada día. Navidad es nacimiento, no lo olvidéis. Que el espíritu de la Navidad os acompañe en vuestras vidas y que sepáis encontrar la felicidad, que a veces parece esquiva, en lo que os rodea. Gracias por visitarme, chicos.

Las palabras me golpean más fuerte de lo que esperaba. La imagen de mis padres me llega como un tsunami, junto con lo el recuerdo de lo que significaba la Navidad para mí cuando era pequeña y lo mucho que ha cambiado desde entonces. Sin darme cuenta, las lágrimas empiezan a acumularse en mis ojos. Charlotte, que siempre ha tenido un sexto sentido para saber cómo me siento, se acerca y me abraza con fuerza.

—Amy, somos felices, cariño, con los viejos recuerdos y con los nuevos —me susurra al oído.

Siento un nudo en la garganta y abrazo a mi hermana con fuerza. A veces, no hace falta decir nada para entenderlo todo. Thomas se une al abrazo y los tres permanecemos así durante unos segundos que parecen eternos. Pero cuando me sueltan, una sensación de desamparo me envuelve. Sin mi hermana, ¿qué me queda? ¿Volveré a hundirme y cerrarme en mí misma recordando este día? Las lágrimas bajan por mis mejillas sin control. En un hipido, levanto la cabeza y me doy cuenta de que no estoy sola. Oliver está de pie junto a mí, con una expresión cariñosa en su rostro. Por un segundo, siento que vacila, como si no supiera si debe acercarse o

no. Pero entonces, extiende los brazos y me rodea en un abrazo cálido, protector.

—Todo va a estar bien —me dice en voz baja, y sus palabras resuenan en mi corazón.

Apoyo la cabeza en su pecho, sintiendo su calidez, y en contra de mis pensamientos sobre él, me permito dejarme ir. La sensación de sus brazos a mi alrededor me hace sentir segura y, aunque nunca lo admitiría, estar en su compañía no es tan terrible como pensaba. Me doy cuenta de cuanto añoraba la calidez de un abrazo y esa sensación de soledad me hace llorar. Oliver me aprieta más y me da un beso en el pelo. Y a mí me invade una sensación de hogar que me desconcierta y me agobia.

La visita termina y, antes de irnos, Santa Claus nos da un pequeño regalo a cada uno, elegido por Charlotte y Thomas. Han sido detallistas hasta en eso. Nos despedimos y, al salir de la casita, el frío de diciembre me golpea de nuevo, pero esta vez no me molesta tanto. Mientras caminamos de regreso a las cabañas para prepararnos para la boda, Charlotte me lanza una mirada cómplice.

—Te dije que sería especial —dice con una sonrisa.

Y, por primera vez en mucho tiempo, no puedo evitar estar de acuerdo.

Capítulo 11

Una boda en Navidad

Amy

Después de la visita a la casita de Santa Claus, volvemos a la cabaña para prepararnos para la boda. La nieve sigue cayendo suavemente, cubriendo Altenberg con un manto blanco perfecto. El frío del exterior contrasta con el calor acogedor de la cabaña, donde la chimenea está encendida y el aire huele a madera y especias. Charlotte y yo nos quitamos los abrigos y nos sentamos juntas en el salón, intentando asimilar todo lo que ha pasado en la mañana. La visita a la casita de Santa Claus ha sido más emotiva de lo que esperaba. La verdad es que, por primera vez en años, siento que la Navidad me ha tocado de una forma diferente, más cercana e íntima.

—No me puedo creer que te hayas emocionado tanto —me comenta Charlotte mientras se quita las botas, con una sonrisa divertida en los labios—. Pensaba que odiabas todo esto.

—No es mi culpa —le replico, quitándome también las botas con una mueca—. Santa Claus era convincente. Y esa galleta de jengibre... —digo, tratando de desviar la atención.

Charlotte se ríe y me lanza un cojín que esquivo por poco.

—Anda, vamos a prepararnos, que en poco más de una hora estarás casada —la aliento, levantándome del sofá.

Subimos al cuarto de baño y, mientras nos preparamos, el ambiente en la cabaña se vuelve más relajado. Charlotte está radiante, con una sonrisa de oreja a oreja, mientras yo la ayudo a peinarse. Opta por un moño bajo, sencillo y elegante, con algunos mechones sueltos que enmarcan su rostro. Se mira en el espejo y sonríe, claramente emocionada.

—Estás preciosa, Charlotte —le digo, apretando su mano.

—Gracias, Amy. No puedo creer que esto esté pasando —responde ella y, por un momento, sus ojos se llenan de lágrimas—. Ojalá te enamores como yo, cariño.

Termino de maquillarme mientras Charlotte se relaja y luego la ayudo a ponerse su vestido de boda: un sencillo diseño blanco, con un abrigo de lana largo que la mantendrá caliente durante la ceremonia. Me miro en el espejo, ajustando la falda larga color vino que llevo, junto con el corpiño a juego. El cárdigan blanco con destellos dorados me da un toque festivo, y el abrigo que me pongo encima completa el conjunto. Aunque nunca he sido fan de la Navidad, debo admitir que me siento bastante bien. Esa obligación de ser feliz cuando no lo sientes, esta vez no me abruma. La felicidad de Charlotte es suficiente para que olvide todas mis amarguras.

Una vez listas, bajamos al salón. Allí nos espera Sarah, que conducirá el jeep que nos llevará al ayuntamiento, donde se celebrará la boda. El trayecto es rápido, pero suficiente para que me fije por el camino en cómo todo el pueblo está cubierto de nieve, iluminado por las luces navideñas que parpadean suavemente.

Cuando llegamos al ayuntamiento, el ambiente es acogedor y festivo. Las guirnaldas de luces decoran el salón principal, y el aroma a pino fresco llena el aire. Me resulta curioso estar en una boda rodeada de adornos navideños. Thomas ya está allí, esperándonos, junto a Oliver, que, para mi sorpresa, está más guapo que nunca con un traje a su medida. Sonríe al pensar que eso no lo

improvisó.

La mirada de Oliver se enlaza con la mía y, aunque intento no darle importancia, una ligera punzada se instala en mi estómago. Nos acercamos todos al estrado, donde el alcalde ya está preparado para empezar la ceremonia.

El ambiente en la sala es íntimo y cálido, con un pequeño grupo de amigos y familiares cercanos. Las palabras del alcalde son sencillas y muy emotivas.

—El matrimonio es la unión de dos almas —dice el alcalde, mirando a Charlotte y Thomas—. Hoy celebramos el amor, la amistad y el compromiso de caminar juntos por la vida. Os habéis escogido el uno al otro para compartir vuestros días, vuestros sueños y vuestras esperanzas.

Los ojos de Charlotte están llenos de lágrimas cuando ella y Thomas intercambian los anillos, y cuando el alcalde finalmente los declara marido y mujer, el pequeño salón se llena de aplausos y pétalos de flores lanzados al aire. Charlotte y Thomas se besan bajo la lluvia de pétalos, mientras los amigos y familiares celebramos el momento con vítores y aplausos.

Salimos al exterior, donde un aire helado nos golpea suavemente. A pesar de la temperatura, nadie parece sentir el frío. Todos están demasiado ocupados abrazando a los recién casados, lanzando más pétalos y haciendo fotos.

Me acerco a Charlotte y la abrazo con fuerza.

—Mamá y papá estarían muy orgullosos de ti —le digo, con mi voz temblando ligeramente por la emoción.

Ella me mira con lágrimas en los ojos y me aprieta aún más fuerte.

—Gracias, Amy. Este día es más especial porque tú estás aquí.

En medio del bullicio de los invitados, siento una presencia familiar a mi lado. Oliver se ha acercado sin que me diera cuenta, y su cercanía me descoloca un poco. Podría pasar todo el día aspirando su olor.

—Estás guapísima —dice en voz baja, con una sonrisa en los labios—. Espero que esta vez pueda bailar contigo en la fiesta... sin los efectos del alcohol.

Mis mejillas arden de inmediato y trato de ocultar mi nerviosismo con una sonrisa fingida.

—No pienso beber ni una gota hoy —le insinúo con ironía—. La otra vez fue culpa tuya que nos quedáramos atrapados en una tormenta de nieve y estaba demasiado cansada.

Oliver se ríe suavemente con su risa contagiosa, aunque me cueste admitirlo.

—Ya, claro. Seguro que fue por eso —se burla.

La recepción de la boda tiene lugar en un pequeño salón del pueblo, decorado con guirnaldas y luces navideñas que parpadean suavemente. Las mesas están llenas de platos tradicionales suizos: *fondue* de queso, *rösti*, y otras especialidades, junto a una selección de chocolates y postres navideños. Los amigos de Thomas hacen discursos emocionantes y divertidos, mientras Charlotte y él no pueden dejar de sonreír.

La música sube de volumen un poco después, y el ambiente se vuelve aún más festivo. Los invitados empiezan a bailar, y aunque Oliver y yo nos hemos prometido un baile juntos, siempre parece haber algo que lo impide: un invitado que nos interrumpe, una canción que termina antes de tiempo, Charlotte que me necesita, el fotógrafo llamándonos o simplemente la sensación de que el momento no es el adecuado.

A mitad de la celebración, Charlotte y Thomas nos sorprenden a todos con un anuncio inesperado.

—¡Nos vamos! —grita Charlotte, sonriendo de oreja a oreja—. ¡Sorpresa! Acabad la fiesta como os apetezca, que nosotros tenemos un vuelo esta noche a Bali. ¡Nos vamos de luna de

miel!

—Muchas gracias a todos por venir —añade Thomas lanzando besos a los invitados desde la tarima—. Y ni se os ocurra largaros ahora. Hay bebida y comida para toda la noche. Disfrutad, amigos.

El salón se llena de exclamaciones de sorpresa y aplausos. Nadie sabía de sus planes, y el ambiente se vuelve aún más animado.

—Cuida de ti, Amy —me pide Charlotte mientras la ayudo a recoger sus cosas en la cabaña—. Y cuida de Oliver también, ¿vale?

La miro, incrédula, pero antes de que pueda responder, Thomas entra metiéndole prisa. Pocos minutos después ya están subiendo al coche que los llevará al aeropuerto.

Cuando regreso al salón, la fiesta está llegando a su fin. Casi todos los invitados se han ido marchando poco a poco, y el ambiente se vuelve más tranquilo. Oliver me espera junto a la chimenea, con las manos en los bolsillos y una expresión relajada en el rostro.

—¿Todo bien? Te estaba esperando para acompañarte a la cabaña.

—¡Oh!, gracias, no hacía falta —le aseguro y me abrocho el abrigo que no he llegado a quitarme—. ¿Vamos?

Caminamos juntos hasta la cabaña sin hablar. Tengo frío y solo deseo llegar a la calidez de la cama que me espera y dormir hasta que salga mi avión a Nueva York. O no, no sé lo que quiero. Voy a dejarme llevar como Oliver.

Al entrar, el calor de la chimenea nos recibe. Me quito los zapatos y el abrigo antes de ir a la cocina a por algo de agua. Al girarme para buscar a Oliver y despedirme de él, me lo encuentro apoyado en el quicio de la puerta, observándome.

—Aún me debes un baile —reclama con una sonrisa.

—¿Ahora? —pregunto, aunque mi corazón palpita tan rápido que temo que me delate.

—No hay mejor momento —responde, acercándose.

Me toma de las manos y, sin dejar de mirarme a los ojos, me lleva al salón. Solo me suelta para sacar su teléfono y poner una lista de reproducción de música suave.

Nos colocamos junto al fuego y, sin decir una palabra más, me vuelve a tomar de la mano y me guía suavemente en un lento baile, con la otra mano en la parte baja de mi cintura. La música llena la sala en la que el calor de la chimenea crea un ambiente acogedor e íntimo. Nuestros cuerpos se mueven al ritmo de la música y, aunque intento mantener la calma, la cercanía de Oliver me desarma. Sus manos en mi cuerpo me hacen sentir una calidez que no había experimentado hacía tiempo. Bailamos en silencio, pero en cada movimiento, en cada roce, siento una conexión cada vez más fuerte. ¡Quién me lo iba a decir hace apenas tres días!

Y entonces, sin previo aviso, Oliver me besa. Es un beso suave, lleno de delicadeza, que me sabe a solicitud, como si me pidiera permiso. Acepto y abro ligeramente mis labios y el beso se vuelve más intenso, más profundo, como si todo el tiempo que hemos pasado peleando y evitando nuestros sentimientos culminara en este momento.

Mis manos se aferran a su espalda mientras lo beso de vuelta, dejándome llevar por la pasión que siento crecer dentro de mí. La suavidad de sus labios, el calor de su cuerpo contra el mío, todo me hace olvidar el mundo exterior. Nos separamos, sin dejar de contonearnos al ritmo de la música, con las respiraciones entrecortadas y nuestras miradas se encuentran en silencio.

—Feliz Navidad, Amy —susurra Oliver, con una sonrisa que me derrite, sabiendo lo poco que me gusta esta festividad.

—Te odio, Oliver —recalco, aunque ambos sabemos que ya no es cierto.

Nos quedamos abrazados junto al fuego, mientras la nieve sigue cayendo suavemente fuera.

Y siento que en esta Navidad todo está bien.

Seguimos bailando abrazados junto al fuego, con la sensación de que el tiempo se ha detenido. La luz de las llamas ilumina suavemente su rostro, y no puedo evitar perderme en sus ojos. Hay algo en la forma en que me mira que me hace sentir vulnerable, como si todo lo que hemos pasado hasta ahora nos hubiera llevado a este momento.

—No puedes odiarme tanto —cuestiona Oliver en un susurro, con una sonrisa en los labios, mientras acaricia suavemente mi mejilla con su pulgar.

—Tú no sabes lo que es odiar —afirmo con un tono sarcástico, aunque mi voz tiembla ligeramente por la cercanía—. Solo sabes improvisar.

Oliver no responde de inmediato, pero su mirada se intensifica, y siento cómo su mano desciende lentamente por mi espalda, enviando escalofríos por todo mi cuerpo. Mi respiración se acelera y, aunque intento mantener el tipo, el deseo que siento por él no lo quiero ignorar. Mentalmente me digo «déjate llevar, da igual lo que pase después, improvisa, Amy». Y darme permiso para perder el control de la situación me desarma y siento cómo mis piernas tiemblan.

—Entonces, demuéstremelo —susurra contra mi oído. Su aliento cálido roza mi piel y enciende una chispa dentro de mí.

Sin poder contenerme más, lo beso de nuevo, esta vez con más urgencia. La suavidad de su boca se transforma en una mezcla de pasión y deseo, y nuestros cuerpos se acercan aún más, como si no hubiera suficiente espacio entre nosotros. Mis manos recorren su pecho, sintiendo la fuerza bajo su camisa, mientras sus dedos se enredan en mi pelo y deshace mi moño, tirando suavemente, marcando el ritmo de nuestros besos. Nos movemos lentamente hacia el sofá, sin dejar de besarnos, sin apartar nuestras manos del cuerpo del otro. Cuando caemos sobre los cojines, Oliver me mira intensamente, como si quisiera asegurarse de que esto es lo que ambos queremos. Mi respuesta es clara cuando lo atraigo hacia mí de nuevo, incapaz de resistir la necesidad de sentirlo más cerca. Las caricias se vuelven más atrevidas, más íntimas. Sus manos recorren mi cintura, levantando ligeramente mi corpiño, dejando al descubierto mi piel, mientras sus labios trazan un camino de besos por mi cuello. Un suspiro escapa de mis labios, y siento cómo todo mi cuerpo responde a cada uno de sus toques, como si cada parte de mí hubiera estado esperando este momento desde que llegué a Altenberg.

Oliver desciende con besos por mi clavícula, mientras mis manos exploran la línea de su mandíbula y el borde de su camisa, deslizándose por debajo del tejido. El calor de su piel bajo mis manos es una sensación que me embriaga, y el deseo de más se vuelve casi insoportable.

Sin perder el contacto, Oliver me ayuda a quitarme el corpiño, sus manos cálidas deslizan el tejido fuera de mi cuerpo, y luego sigue el mismo camino con su camisa. La piel desnuda de su pecho roza la mía, y el contacto es eléctrico, despertando cada nervio de mi cuerpo. Mis manos recorren su espalda, acariciando suavemente, mientras nuestros besos se vuelven más profundos, más intensos. Nos dejamos llevar por el momento, las caricias y los besos nos encierran en una burbuja que nos aísla del mundo exterior. En cada gesto y en cada palabra que me susurra, siento el deseo de una pasión contenida que ahora se libera sin restricciones. El calor de su cuerpo contra el mío me abarca por completo, me llena y me hace sentir libre de cualquier duda o inseguridad.

Me estoy dejando llevar y me siento bien.

Oliver me besa un pezón mientras pelliza el otro provocándome un gemido. Me mira y sonrío de medio lado.

—¿Me sigues odiando?

—Si no sigues, te odiaré toda la vida —gruño, divertida y ansiosa porque el deseo arde bajo mi ropa.

Vuelve a besarme el otro pezón y con la mano libre busca la cremallera de la falda, con una torpeza que me lleva a intervenir. La bajo y él, sin perder ni un segundo, hace lo mismo con su pantalón. Su cuerpo parece esculpido por los ángeles; me parece increíble lo que se escondía bajo la ropa de invierno y va a ser todo para mí. Al menos esta noche.

Oliver sigue con su reguero de besos hasta llegar al borde de mis bragas y lame en el punto de contacto con mi piel siguiendo la costura. Uno de sus dedos me acaricia por dentro, sin llegar a tocar donde mi cuerpo desea cada vez más. Me hace sufrir y empiezo a pensar que lo hace a propósito. Llevo mis manos a la prenda para quitarla, pero él me lo impide.

—¿Sabes? —me dice con voz ronca—, vamos a improvisar, déjate llevar, fluye conmigo, ¿quieres? ¿Podrás hacerlo?

Asiento con la cabeza que había levantado y la echo de nuevo hacia atrás. Él me quita las bragas con lentitud y sube las manos por mis muslos. Me abre ligeramente y sube el cuerpo hasta alcanzar mi boca. Jadeo en ella porque lo necesitaba, no aguanto más sin besarlo. Sin pensarlo, alcanzo sus boxer con mis dedos y los bajo.

—Eso es, no pienses, déjate llevar.

¿Cómo lo sabe? Hace un movimiento extraño para acabar de quitárselo y siento frío en mi vientre al perder su contacto. Vuelve a pegarse a mí, me besa, lo beso, me toca, le toco y se pone de rodillas, con su erección busca mi abertura, bajo mi mano para acariciarle, pero no me deja más que unos movimientos. Me separa la mano y enseguida noto su dureza contra mi estrechez y, al empujar, una intensa sensación de plenitud me recorre el cuerpo. Mis manos acarician el hueco de su columna mientras él se mueve y siento que cada vez llega más dentro de mí, con más intensidad, sin que baje mi excitación. Me tiene, me ha ganado, ahora mismo soy suya y no quiero ser nada más que suya. Me agarro de sus hombros y meto la cabeza junto a su cuello cuando la intensidad es tanta que solo quiero gritar, gozarlo y le digo que no pare mientras mis caderas suben y bajan tratando de que llegue a ese punto de no retorno, a ese lugar inimaginable de máximo placer. Y lo consigue. Y me corro. Y él se corre poco después y su cuerpo aterriza, exhausto, sobre el mío, y el calor de su aliento me abraza el cuello.

—Brutal —exclama con la voz ronca entre jadeos—. No solo eres lo más bonito que he visto jamás, también eres la ostia.

—Oliver, ¿estás bien?

—¿Lo dudas? Ha sido brutal.

Me rio y él se incorpora un poco. Oliver me mira a los ojos, y en su mirada azul como el cielo veo algo más que deseo. Hay ternura, una conexión que no esperaba sentir tan fuerte. Me besa de nuevo, esta vez con una lentitud que me desarma, y todo lo demás desaparece. La habitación, la tormenta, incluso las dudas sobre lo que esto podría significar, todo se desvanece mientras nuestros cuerpos se entrelazan bajo la luz suave del fuego.

Cuando nos calmamos un poco, sin dejar de abrazarnos, le sugiero ir a la cama a dormir.

—Estamos bien aquí, ¿no?

—Sí, ya sé, que me deje llevar —contesto sarcástica.

—Eso es, lo vas entendiendo. Verás como eres más feliz.

—¿Tú crees?

—Sí. Y te lo voy a demostrar. Voy a darte tu regalo de Navidad, pero para recibirlo debes dejarte.

—Eh, no serás un tío chungo.

—Te aseguro que no.

Las últimas palabras las dice mientras se levanta. Me pone un cojín bajo el cuello y aviva el fuego, todo con una calma, una ternura que me caldea el corazón. Después, se pone delante de mí, dobla mis piernas y pone las manos en mis rodillas para separarlas. Me mira el sexo y luego a los ojos.

—Es que todo en ti es tan bonito, Amy. Eres preciosa.

Me ruborizo un poco y luego más cuando veo cómo mete la cabeza entre mis piernas. Mi sexo palpita expectante y mi corazón bombea a mil por hora. Sin poder controlarlo, siento que la humedad aumenta solo con su mirada. Se acerca más y me da un lametón desde mi abertura hasta el clítoris que me provoca una descarga eléctrica por todo el cuerpo. ¡Uf! Lo repite y luego me muerde y me besa en mis pliegues. Introduce dos dedos en mí y con el pulgar aprieta mi botón, haciéndome dar un respingo que le hace reír. Vuelve a acercar la boca y con la lengua juega con mi clítoris haciéndome perder el poco control que me quedaba. Dedos, lengua, beso... No puedo pensar en que hace porque solo gozo de lo que hace, y me dejo llevar. Relajo los brazos y trato de eliminar todas mis tensiones. Y en cuanto lo hago, en ese momento en el que cedo todo el control, es cuando de verdad el placer es máximo. Le araño la espalda, enredo mis dedos en su pelo, arqueo la espalda, le digo que pare y que siga, muevo las caderas y él me sigue regalando placer sin parar ni un segundo. No puedo más, creo que me voy a partir en dos, y entonces llega ese latigazo profundo e intenso que hace que todo merezca la pena, ese goce absoluto que no tiene comparación con nada. Mi respiración es entrecortada y errática. Oliver sube hasta mí y me abraza con ternura, se acurruca con la cabeza encajada en mi cuello y su brazo cubriendo mi pecho.

—¿Me sigues odiando?

—Más que nunca, Oliver, más que nunca.

—De nada, Emily. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad —felicito por primera vez en años desde lo más profundo de mi corazón.

Charlotte tenía razón: esta Navidad está siendo diferente y mis recuerdos recién creados, también. Ya nunca será igual.

Capítulo 12

La mirada que no se va y la boda que llega

La versión de Oliver

La boda de Charlotte y Thomas es todo lo que se esperaba que fuera: íntima, acogedora y llena de esa alegría tan sencilla que solo un momento tan especial puede despertar. Desde el momento en que llegamos al pequeño salón del ayuntamiento, envuelto en luces navideñas y el brillo suave de la nieve recién caída, todo parece brillar con una calidez que desafía al frío exterior.

Pero, para mí, todo queda en un segundo plano en cuanto veo a Amy.

Está justo delante de mí, vestida con una falda larga de color vino que se ajusta perfectamente a su figura, y un corpiño que, cada vez que se mueve, deja entrever un poco de piel. Está radiante, y el abrigo que lleva, del mismo tono profundo de la nieve, parece diseñado para ella. Es el tipo de imagen que uno se guarda en la mente para siempre. Pero no es solo su belleza lo que me cautiva; es la forma en que sus ojos se iluminan al mirar a su hermana, la suavidad con la que la acompaña en cada paso, el orgullo silencioso que parece emanar de ella.

A lo largo de la ceremonia, intento concentrarme en las palabras del alcalde, en el momento en que Thomas y Charlotte se dicen los votos, pero mis ojos, inevitablemente, vuelven a buscarla. No puedo evitarlo. Cada vez que nuestras miradas se cruzan, algo dentro de mí se agita, como si no pudiera evitar sentirme atraído por ella. Y no solo de una manera física. Es su presencia, esa mezcla de fuerza y vulnerabilidad que parece desafiar todo lo que creía saber sobre el amor.

Cuando Thomas y Charlotte se besan, sellando su promesa de amor, los invitados aplauden y lanzan pétalos al aire. Amy sonríe, una sonrisa auténtica, una de esas sonrisas que rara vez veo en ella. Y en ese instante, me doy cuenta de lo orgulloso que me siento de poder estar aquí, de poder compartir este momento con ella, aunque sea desde una distancia que no sé cómo romper.

—Estás guapísima, Amy —le susurro en cuanto se acerca a mi lado tras la ceremonia, con un tono cálido y más cariñoso de lo que pretendía.

Ella me mira con sorpresa, como si no esperara el cumplido, y por un segundo veo cómo el rubor sube a sus mejillas antes de que se lo sacuda con una sonrisa contenida.

—Gracias —responde, pero evita mirarme directamente a los ojos.

Nos dirigimos al salón donde se celebrará el banquete y, aunque todo a nuestro alrededor es alegría y celebración, en mi interior hay otra fiesta muy diferente provocada por algo nuevo que crece dentro de mí. El pecho me arde y no es por la bebida. Amy y yo apenas hemos cruzado unas pocas palabras, pero la tensión que hay entre nosotros la siento cada vez más palpable.

Durante la cena, entre platos suizos tradicionales y brindis cargados de risas y afecto, sigo observando cómo interactúa con los demás. La veo relajarse, aunque sea solo un poco, y me siento aliviado de que, al menos hoy, esté disfrutando sin esa presión constante para tenerlo todo bajo control, sin esa rigidez con la que llegó a Altenberg. Pero, al mismo tiempo, me inquieta la distancia que sigue manteniendo conmigo. Como si, pese a los momentos que hemos compartido, aún no hubiera conseguido romper del todo esa barrera que la protegía.

El momento que más me impacta llega durante el discurso de Thomas, cuando le agradece a Amy por ser el apoyo incondicional de Charlotte. Las palabras de su hermana parecen golpearla, porque la veo emocionarse, sus ojos brillan de una manera especial, llena de un cariño sincero que nunca había visto antes. En ese instante, quiero acercarme a ella, decirle que no está sola, que no tiene que ser siempre la fuerte. Pero no lo hago. Me quedo en mi sitio, observando desde una distancia que, de repente, parece insuperable.

Luego llega el baile. La música llena el salón, las luces parpadean suavemente, y las parejas comienzan a moverse lentamente por la pista. No puedo apartar la vista de Amy. Está al otro lado de la sala, hablando con Charlotte, riendo, pero hay algo en su postura que me dice que está evitando algo. ¿O a alguien? Nos habíamos prometido un baile que nunca llega, siempre algo que hacer, siempre una excusa que nos separa.

Es entonces cuando decido que ya no puedo seguir en la sombra. Me acerco a ella, dispuesto a pedirle que baile conmigo como me prometió, aunque la inseguridad me golpea el pecho. Pero justo cuando estoy a punto de hacerlo, una de las amigas de Charlotte la llama para que le ayude con algo, y el momento se pierde.

Paso el resto de la noche observando cómo disfruta de la celebración, pero siempre con una parte de su ser retenida, atenta a todos los detalles como si no pudiera permitirse bajar la guardia del todo. Es frustrante, y al mismo tiempo, me hace querer acercarme más a ella, hacerle ver que no tiene que enfrentarse a todo sola.

Hacia el final de la noche, Thomas y Charlotte nos sorprenden a todos al anunciar que se van de luna de miel esa misma noche. Nadie lo sabía, ni siquiera Amy, y puedo ver la mezcla de emoción y tristeza en sus ojos al despedirse de su hermana. Es un momento íntimo entre ellas, pero cuando Amy regresa de despedir a Charlotte, noto en su mirada que me busca, como si por fin estuviera lista para dejarse llevar, aunque sea solo un poco.

La espero junto a la chimenea mientras los demás se van. Cuando por fin la veo acercarse, decido que no puedo dejar que la noche termine sin más. Le digo que la estoy esperando para volver juntos a la cabaña y me contesta que no necesita de mi compañía, aunque su forma de mirarme me dice lo contrario.

—Todavía me debes un baile —le reclamo, con una sonrisa que espero que la desarme cuando ya estamos en el salón de la cabaña.

Ella, que ha ido a la cocina a hacerse un té, levanta la mirada, sorprendida, pero no se echa atrás.

—¿Sin efectos del alcohol esta vez? —insinúa, con ese tono sarcástico que siempre utiliza para protegerse.

—Solo nosotros —respondo sincero, ofreciéndole la mano.

Nos acercamos a la chimenea de la sala y pongo música en mi móvil. Pongo mi mano en la parte baja de su cintura y siento cómo su cuerpo se relaja poco a poco contra el mío.

—Feliz Navidad, Amy —susurro, sabiendo que este es solo el comienzo de algo más grande, algo que aún no hemos descubierto del todo.

Ella apoya la cabeza en mi pecho y, por primera vez, la siento completamente presente. Y entonces, en el silencio de la noche, me digo a mí mismo que ya no quiero mantener la distancia. No quiero seguir observando desde lejos.

Amanecemos enredados en una maraña de brazos, piernas y la sábana blanca retorcida a nuestro alrededor. La ropa se quedó en el salón después de que celebráramos la Navidad con la mejor noche de sexo que recuerdo. Pienso lo que me decía mi padre, que el sexo, cuando se ama, es mucho mejor y, aunque siempre he huido del sexo sin amor, he tenido mis encuentros.

Beso a Amy en el hombro justo cuando su alarma suena. Debe coger el avión y ha contratado un servicio que la lleve al aeropuerto, desde donde volará a Nueva York vía Londres, mi ciudad.

—¿Cuánto tiempo tienes? —pregunto mirando el móvil.

—El coche me recoge en una hora.

—No te vayas, Amy.

—Pero, ¿qué dices? Debo irme. Quitá —me dice empujándome.

—Yo te llevo y llegarás a tiempo. Cogemos el mismo avión —le digo sin dejar de besarla. No hay nada más convincente que un buen beso.

Acaricio su espalda, rozo con el dedo la separación entre sus nalgas y lo llevo hasta el borde del precipicio por el que quiero caer. Ella reacciona con un gruñido y abre un poco más las piernas para dejarme vía libre. Una erección es la señal de que mi cuerpo está contento. Levanto una de sus piernas y me acerco más a ella, que baja la mano hasta alcanzar la mía y acompasa mis movimientos sobre su clitoris. El movimiento de sus caderas acompaña a los de mi mano. Cuando su humedad es palpable, la giro suavemente y la penetro desde detrás. Acaricio su espalda, pero no me siento bien. Quiero verla, quiero que me vea, quiero que esto sea algo más que un polvo de despedida. Salgo de su cuerpo.

—¿Qué pasa? —me dice.

—¿Estás bien?

—Bueno, no es mi postura preferida —confiesa.

Nos quedamos cara a cara y la beso con ternura y con deseo. Quiero todo con ella y no sé cómo decirlo. No sé si al despedirnos hoy, esto se volatilizará y será como si nunca hubiera pasado. Ella volverá a su torre de marfil en Manhattan y yo a mi trabajo frenético de innumerables viajes en la City.

—Me gustas mucho —susurro en su oreja. Amy sonríe y a mí se me ilumina el alma. No sé qué tiene que me estoy volviendo adicto.

Beso sus pechos y dejo un reguero de saliva con mi boca por todo su estómago. Abro sus piernas para colarme dentro con mi lengua y hacer que toque las estrellas de placer. Anoche me dejó claro que le gusta y voy a dejarle el mejor recuerdo de Navidad que pueda. Me recreo en su clitoris y me ayudo de mis dedos hasta que grita de placer. Me coge del pelo, tira de él, y gruñe otra vez. Mi gruñona preferida.

Regreso a su boca y la beso con deseo y lujuria. La embisto y sus movimientos se ajustan a los míos de forma deliciosa y muy placentera. Noto mi miembro hinchado, palpitando de sangre, recorriendo sus paredes en una danza colosal. Grito de placer, aturdido, satisfecho, feliz.

—Joder, Oliver, ¿qué voy a hacer ahora?

—¿Echarme de menos? —balbuceo tumbándome junto a ella.

—Te odio.

—Eso ya lo tengo claro —me río y me gano un codazo en el vientre.

Y no puedo sentirme mejor.

Epílogos

El amor en cada latido

Amy

Cuando pienso en lo que solía ser mi vida, todo estaba perfectamente controlado. Cada decisión calculada, cada emoción bajo llave. Era mi manera de protegerme y de evitar el caos, porque, si algo había aprendido, es que cuando pierdes el control, también pierdes el rumbo. O al menos eso pensaba.

Y entonces llegó Oliver.

Nunca imaginé que alguien como él, con su despreocupación y su capacidad de hacer que todo pareciera fácil, pudiera abrirse paso en mi vida tan ordenada. Al principio, me descolocaba. Su forma de mirarme, de sonreír con esa confianza tranquila, como si supiera algo que yo no, me irritaba. Era como si él disfrutara haciéndome perder el control, desafiándome con cada palabra, con cada gesto. Pero, con el tiempo, lo que empezó como una lucha constante se convirtió en algo que ni siquiera sabía que necesitaba.

Porque Oliver no solo me hizo sentir segura en medio del caos, sino que también me enseñó a dejarme llevar. Un sentimiento nuevo que, aunque parezca extraño, me ayudó a gestionarme mejor y ser más feliz.

El día que me di cuenta de que estaba enamorada de él fue como un golpe inesperado. De esos que no ves venir, pero que te derrumban de todas las formas. Estaba sentada en la cabaña de Altenberg que compartimos, mirando la nieve caer suavemente por la ventana, cuando me di cuenta de que todo lo que yo solía temer, lo imprevisible, lo inesperado, ya no me asustaba. Porque él estaba conmigo. Y con él, todo parecía posible.

Ahora, mientras caminamos por las calles de Nueva York, siento cada paso como un eco de todo lo que hemos vivido. Las luces navideñas brillan a nuestro alrededor, pero lo único que ilumina mi corazón es él. Oliver. El hombre que, sin proponérselo, cambió mi vida para siempre.

—¿En qué piensas? —me pregunta, rompiendo el silencio mientras me aprieta suavemente la mano.

Lo miro, con esa sonrisa que solo le reservo a él, y suspiro.

—En nosotros —respondo, simple, sincera.

Él sonríe, y sé que entiende exactamente a qué me refiero.

Llegamos al apartamento que hemos alquilado para estas fiestas. La noche es fría, pero el interior es cálido y acogedor. Oliver enciende la chimenea, mientras yo me quito el abrigo, y siento como el calor de la madera ardiendo invade lentamente la habitación.

Nos acercamos el uno al otro, en silencio, como si no necesitaran palabras. Cuando sus brazos me rodean, siento cómo su calor me envuelve, como siempre lo hace. Me apoya la barbilla en la cabeza y cierra los ojos, dejando que el ritmo constante de su respiración me calme.

—Te amo —murmura, con un susurro contra mi pelo.

—Lo sé —respondo, girando ligeramente para mirarlo a los ojos—. Y yo te amo a ti.

Nos miramos en silencio y en esa mirada, siento todo lo que soy y todo lo que he llegado a

ser gracias a él. Porque lo que más me sorprendió al estar con Oliver no fue cuánto lo amaba, sino cuánto me había permitido a mí misma amar. Amar sin miedo, sin restricciones, sin control. Amar hasta la última célula de mi cuerpo, hasta que todo lo que pensaba que sabía de mí misma se desmoronó.

Cuando me besa, siento que mi corazón late en sincronía con el suyo. No es un beso apurado ni urgente. Es profundo, lleno de significado, de todo lo que hemos construido juntos. Su lengua roza la mía con suavidad, explorando con una delicadeza que siempre me sorprende. Porque detrás de toda su apariencia despreocupada, hay una ternura que solo yo conozco.

Sus manos viajan lentamente por mi espalda, haciéndome estremecer. Y cuando me aprieta contra su cuerpo, siento cómo su deseo se enciende, reflejando el mío. Es algo que siempre está ahí, latente, pero que ahora se siente más real que nunca.

—Me vuelves loco. ¿Lo sabes? —susurra sobre mis labios, entrecortado, y noto su respiración cálida contra mi piel.

Le respondo con un gemido suave, mientras mis dedos se pierden en su cabello. Y en ese momento, todo lo demás desaparece. Solo estamos él y yo, enredados en el calor de nuestros cuerpos, en la intimidad de este espacio que hemos hecho nuestro.

Me levanta del suelo y con una facilidad que me hace sentir ligera, me lleva hacia el sofá frente a la chimenea. Allí, entre risas y susurros, nos perdemos el uno en el otro, entre caricias y besos, reafirmando lo que somos. Juntos.

Oliver empieza a besarme en el cuello, con suavidad, calentando mi piel, y luego cubre mi boca con la suya durante unos segundos, profundizando un beso excitante. Las cosquillas en mi sexo no se dejan esperar. Al separarnos para tomar aire, él vuelve a mi cuello, chupando mi piel con suavidad, y acomoda sus caderas sobre las mías. Sus ojos azul cielo se oscurecen de lujuria y yo muero de amor un poco más. Este hombre va a acabar conmigo, pienso. Cojo la camiseta por el borde y me la quito. Él se relame al ver mis pezones tras el encaje transparente de mi sujetador. Me lo quita despacio, lo baja y recibe en su boca un pezón erecto mientras cubre el otro con la mano. Arqueo la espalda por el rayo de deseo que me traspasa el cuerpo. Estoy muy excitada y acabamos de empezar. Froto mi pubis contra el suyo, ansío notar su dureza tan implorante como mi sexo. Se quita la camisa y yo paso mis manos por sus muscudos brazos y por los hombros suaves y duros. Acaricio su espalda mientras él sigue jugando con mis senos, descendiendo poco a poco hasta sus glúteos, que aprieta para mí, y le bajo la ropa. Con un movimiento raro acaba de quitársela. Masajeo su trasero con suavidad mientras presiono mis caderas hacia su erección, dura, contra mi vientre. El deseo me estremece y él lo percibe enseguida. Me arranca las bragas y me vuelvo a arquear buscando alivio. Tengo el clítoris tan hinchado que necesito su contacto ya. Oliver baja la mano y alcanza mi humedad. Mete un dedo para empujarlo y lo lleva a mi centro, trazando suaves círculos que me provocan un grito ahogado y el movimiento de mis caderas rogando que no pare, que haga algo para hacerme explotar. El orgasmo me atraviesa el cuerpo y callo un grito mordiéndome el puño. Oliver me besa y en su boca le pido que quiero sentirlo dentro. Y no se hace esperar. Me penetra lentamente, empuja hacia mi interior recorriendo mis paredes, abriendo mi estrechez para que se acople a su dureza y en esa lentitud me lleva de nuevo a límite hasta que le pido más velocidad, más empuje, más dureza, y él sigue y sigue, en esa danza furiosa que nos regalamos, en ese baile que nos une, y en ese frenesí que nos lleva al éxtasis, primero a mí y luego a él, dejándome laxa y satisfecha.

Cuando nuestras respiraciones se calman y nos quedamos abrazados bajo una manta, mirando las llamas bailar en la chimenea, siento una paz que aprendí a tener en Altenberg. No sé

si mi hermana nos hizo compartir la cabaña a propósito, si ya tenía un plan para nosotros, o fue el destino el que se encargó de cambiarnos la vida. Algo que ninguno vio venir y que ambos necesitábamos.

—Gracias por hacerme feliz —susurro, con la cabeza apoyada en su pecho.

Oliver me acaricia el pelo, y noto cómo su pecho vibra con una suave risa.

—Eso es porque has aprendido a dejarte llevar —dice, con esa seguridad que siempre tiene cuando se trata de mí.

—Y tú has aprendido a... —empiezo a decir, pero me interrumpe.

—No. Solo he aprendido a amarte. No necesito nada más. Contigo siento armonía en mi vida. Me pones los pies en la tierra, amor mío.

Levanto la cabeza para mirarlo, y ahí está. Esa sonrisa, esa mirada, todo lo que necesito en una persona. Me besa la frente con ternura, y en ese gesto siento todo el amor que hemos construido, todo lo que hemos llegado a ser juntos.

—¿Sabes qué? —me dice, mirándome con un brillo en los ojos—. He estado pensando...

—Pensando ¿qué? —pregunto, arqueando una ceja, curiosa.

—Que esta Navidad también va a ser diferente. Tengo planes...

—¿Tú? Eso es imposible, cariño —le respondo sarcástica porque realmente no me lo creo.

—Ya, ya. Amy, déjate llevar.

Un día perfecto en Nueva York

La sorpresa de Oliver

Cuando pienso en Amy, la imagen que me viene a la mente es la de aquella primera noche en Altenberg, cuando su actitud rígida y controladora chocaba constantemente con mi forma de ver la vida. Desde el principio, me di cuenta de que ella estaba fuera de su elemento. Siempre intentando tenerlo todo bajo control, como si la vida pudiera organizarse en pequeñas cajas perfectas. Y eso, curiosamente, me molestaba tanto como me divertía. Su forma de ser es tan opuesta a la mía, que picarla se convirtió en algo casi natural para mí.

Recuerdo la primera vez que la vi, tan nerviosa y tensa, tratando de esconder su incomodidad bajo esa fachada de seguridad, cuando se enteró de que tenía que compartir la cabaña con un desconocido. Me impactó su físico, desde luego, porque es preciosa, pero fue su empeño en no salirse de su guion lo que más me intrigó en aquel momento. Hubo algo en su deseo de mantener todo en orden, cada uno su espacio, que sin quererlo, despertó mi lado provocador. Por eso, cada vez que la notaba más tensa por mi culpa, no podía evitar meterme con ella, disfrutar de cómo se enfadaba y de cómo se ponía a la defensiva. En realidad no soy tan poco previsor y tan *flow* como me hacía solo por ver su reacción.

A medida que pasaban los días en Altenberg, notaba cómo su actitud hacia mí se volvía más desafiante. Y lo curioso es que, sin preverlo, cuanto más se enfadaba conmigo, más crecía mi deseo. Decidí tensar más el hilo a ver hasta dónde me llevaba. Pero fue el día que nos quedamos atrapados en la tormenta de nieve, cuando la vi de verdad. Vulnerable, desorientada, con el miedo y la inseguridad aflorando, me di cuenta de que detrás de esa fachada había una persona a la que deseaba cuidar. Esa mezcla de fuerza y fragilidad me atrapó, y sin darme cuenta, cada día la quería más.

Me propuse que dejara de estar siempre alerta, de querer controlar todo. Quise enseñarle a dejarse llevar, a vivir el momento, a disfrutar de lo inesperado. Y poco a poco, a lo largo de los meses desde entonces, Amy va abriéndose, permitiendo que el caos que tanto detesta entre en su vida, al menos un poco. Es un proceso lento, pero estamos en un punto donde nos compenetramos de maravilla. Ella me da el equilibrio que yo no sabía que necesitaba, y yo le enseño a relajarse y aceptar los imprevistos. Nos complementamos, y la vida juntos es más fácil, más divertida, más nuestra.

Y lo primero fue proponer a la revista en la que trabajaba mudarse a Londres para intentarlo conmigo. Ahora trabaja a distancia la mayor parte del tiempo, aunque tiene que viajar a la sede de vez en cuando, y vivimos juntos. Una de esas reuniones ha sido los días previos a la Navidad y por eso hemos decidido pasar sus fiestas más odiadas en la gran manzana,

Por eso, en estos días que vamos a compartir en Nueva York, planeo dar el siguiente paso. Quiero que esta Navidad sea especial, y voy a pedirle que se case conmigo.

Hoy es 24 de diciembre, y me llevo a Amy a pasar un día navideño por la ciudad. La conozco, sé que al principio va a refunfuñar, pero también sé que acabará disfrutando. Empezamos la mañana en el Rockefeller Center, donde la llevo a patinar. La pista está llena de gente, y el ambiente festivo es asfixiante. Las luces del árbol gigante brillan con intensidad, y la música navideña flota en el aire. Amy frunce el ceño al ver la pista de patinaje.

—¿Patinar? ¿En serio, Oliver? No sé si te das cuenta, pero no soy muy buena en esto —dice,

cruzando los brazos, con esa expresión de escepticismo que tanto me gusta.

—Eso ya lo veremos —respondo con una sonrisa, tomando su mano—. Te prometo que no te dejaré caer.

Al principio está tensa, como siempre. La veo esforzarse por mantener el equilibrio, murmurando por lo bajo que esto es una mala idea. Pero, poco a poco, empieza a soltarse. Al cabo de un rato, las risas sustituyen sus quejas iniciales, y cuando menos lo espero, la tengo patinando a mi lado, riendo como una niña.

—No está tan mal, ¿verdad? —le digo mientras damos una vuelta más.

—Admito que es divertido —responde, sonriendo—. Pero no creas que me vas a convertir en fan del patinaje.

Nos quedamos un rato más patinando, disfrutando del ambiente. La música, las luces, el aire frío que nos rodea... Todo encaja a la perfección. Y ver a Amy así, relajada y feliz, me llena de una calidez que no había sentido antes de conocerla.

Después de la pista de patinaje, la llevo a ver el famoso árbol de Navidad del Rockefeller Center. Nos paramos frente a él, observando cómo las luces doradas y plateadas iluminan la plaza. El lugar está lleno de familias, parejas, amigos, todos disfrutando de la magia de la Navidad en Nueva York. Amy me aprieta la mano con suavidad, y aunque no dice nada, sé que está disfrutando.

—¿Qué te parece? —le pregunto.

—Es bonito —responde—. Nunca pensé que disfrutaría de algo así, pero... tiene su encanto.

Le sonrío y, sin soltar su mano, la llevo al siguiente destino: Macy's, donde un Santa Claus está recibiendo a los visitantes. Cuando llegamos, Amy se detiene de nuevo, mirándome con una mezcla de incredulidad y diversión.

—¿En serio? ¿Santa Claus? —pregunta, levantando una ceja.

—Por supuesto. ¿Qué sería de la Navidad sin Santa? El año pasado no te quejaste —respondo, riendo—. Venga, solo será una foto.

Ella resopla, pero finalmente cede. Nos hacemos una foto con Santa Claus, y cuando veo la sonrisa en su rostro, sé que ha valido la pena.

La sorpresa final del día llega cuando nos dirigimos a un restaurante en la Quinta Avenida. Al entrar, Amy se queda helada al ver que Thomas y Charlotte están allí, esperándonos.

—¿Qué...? ¿Cómo...? —balbucea, sorprendida.

—Quería que fuera una sorpresa —le digo, sonriendo.

Comemos juntos, riendo y recordando los días en Altenberg. Es una comida relajada, llena de cariño y, mientras los observo, sé que he tomado la decisión correcta. Cuando terminamos, nos despedimos de Thomas y Charlotte, y salimos de nuevo a la fría noche neoyorquina.

—Pensé que el día ya había terminado —me dice Amy, riendo suavemente mientras caminamos por Central Park, envueltos en nuestros abrigos y con unas bufandas de Santa y renos que he comprado. Dijo que eran ridículas y no se las pondría hasta que el frío la ha hecho ceder.

—Todavía falta algo —respondo.

Nos detenemos bajo un árbol iluminado, lejos del bullicio de la ciudad. Amy me mira, confundida, mientras saco una pequeña caja de mi bolsillo.

—¿Qué... qué es esto? —pregunta, sorprendida.

Me arrodillo frente a ella, y cuando abro la caja, sus ojos se llenan de lágrimas.

—Amy, desde el día en que te conocí, supe que no iba a ser fácil. Eres fuerte, terca y te gusta tenerlo todo bajo control. Pero también eres la mujer más increíble que he conocido. Has cambiado mi vida de una manera que nunca imaginé. Y quiero pasar el resto de mis días contigo.

¿Te casarías conmigo?

Amy se queda en silencio, absorta y sorprendida, con la mirada brillando a la luz de las farolas. Levanta suavemente la cabeza para mirarme a los ojos y una sonrisa que me calienta el pecho se dibuja en sus labios. Asiente, con lágrimas en los ojos.

—Sí, Oliver. Me casaré contigo.

Nos abrazamos bajo el árbol iluminado, y mientras la ciudad sigue su ritmo a nuestro alrededor, sé que no podría ser más feliz.

—Feliz Navidad.



Con esta novelette se cierra la serie Pasiones Prohibidas en las que he desarrollado diferentes clichés, como te contaba al principio del libro. Quizá las has leído todas (como autora novel, te agradezco tu valoración en Amazon para poder llegar a más lectoras), o quizá me acabas de conocer. Si este es tu caso, te dejo a continuación el comienzo de la primera novela de la serie. Te recuerdo que son autoconclusivas y que el hilo conductor es un amor apasionado que al principio no está destinado a ocurrir.

Sigo aprendiendo con cada novela que escribo y con cada comentario que recibo. Gracias por formar parte de esta increíble aventura.

Así comienza ***Pasión en Santorini***:

Prólogo

Elián

Amanece en Santorini cuando me asomo a la ventana y contemplo el azul intenso del mar. Al fondo, el sol va surgiendo tras el horizonte iluminando la belleza de la costa que tengo frente a mí. La habitación está en silencio, roto solo por el suave murmullo del mar en la distancia y la respiración tranquila de la mujer que duerme a mi lado. Su cuerpo desnudo, enredado en las sábanas blancas, está relajado, ajeno al torbellino de pensamientos que me asaltan cada mañana.

Me levanto con cuidado, tratando de no despertarla, aunque en el fondo sé que ni siquiera quiero verla cuando abra los ojos. Es hermosa, como todas las demás. Su piel bronceada contrasta con las sábanas y su cabello castaño cae desordenado sobre la almohada. Todo en ella debería atraerme y debería hacerme sentir satisfecho. Pero, en lugar de eso, solo siento una creciente incomodidad y una rabia sorda, que no logro apaciguar por más que lo intento.

Recorro con la mirada su cuerpo desnudo y recuerdo la noche de sexo salvaje que he tenido con ella. Solo pensarlo hace que mi polla reaccione, a pesar de que no me atrae nada. Al menos, emocionalmente. Lamí y succioné de esos pechos que ahora se me muestran relajados y mi lengua jugó con sus pezones que, debo reconocer, son preciosos con un color rosado que me encanta. Recuerdo que fue una grata sorpresa encontrar su sexo depilado, suave y húmedo para mi deleite y placer. Sí, eso es, una mujer que parece hecha para darme placer si tuviera algún otro interés en ella.

Se gira y deja ante mi vista su culo prieto que me dan ganas de acariciar. Acerco la mano y, en ese instante, abre las piernas y mi mirada se va al clítoris. Estoy tan cerca que puedo oler su sexo y, de nuevo, mi polla me pide guerra. Nota mi presencia y sonríe, con un gemido, para al momento separar más las piernas y dejarme la puerta abierta al paraíso.

Coloco mi cuerpo encima del suyo, con una pierna a cada lado, y sin más preámbulos, la penetro.

Un polvo rápido de desayuno que no suelo regalar a ninguna de las mujeres que acaban en mi apartamento de soltero. Normalmente, las echo antes o me voy yo. No sé qué me ha pasado con..., cómo se llame. Tiene un cuerpo perfecto y su ofrecimiento es un regalo que me ayudará a volver a casa más relajado.

Gime bajo mi cuerpo, mientras empujo cada vez con más furia conforme mis pensamientos me atormentan. Grita un «ay» que me hace darme cuenta de lo que estoy haciendo y aflojo.

—Lo siento —balbuceo y ella sonríe. No sé si le está gustando o no. Soy incapaz de interpretar sus gestos y yo solo quiero desahogarme. Una vez más.

El orgasmo, poco satisfactorio, me llega como un latigazo y me dejo caer sobre ella. Solo unos segundos, para que no me abrace.

Me levanto y camino desnudo hacia el ventanal, donde las puertas de cristal se abren al balcón. El aire fresco de la mañana entra en la habitación cuando las abro, trayendo consigo el olor salado del mar Egeo. Me detengo por un momento, dejando que la brisa acaricie mi rostro, en un intento de encontrar algo de calma en el paisaje que se despliega ante mí.

Santorini se despierta lentamente bajo la luz perezosa del amanecer. Las casas encaladas, con sus cúpulas azules y terrazas, se alinean como perlas a lo largo de la costa. Desde aquí, el mundo parece un lugar perfecto, un paraíso donde todo debería ser felicidad. Pero para mí, este lugar, esta isla que otros ven como un sueño, es un recordatorio constante de todo lo que he perdido, y testigo mudo del dolor que me rompe por dentro y de la ira que me acompaña desde hace año y medio.

Mi mente no deja de dar vueltas mientras miro el horizonte. ¿Qué estoy haciendo con mi vida? Me lo pregunto una y otra vez, pero la respuesta nunca cambia. Estoy perdido. Perdido en una rutina que me consume, atrapado entre el deseo de escapar de mi dolor y la necesidad de mantenerme fuerte por Maia. Mi pequeña Maia, el único rayo de luz en medio de esta oscuridad en la que me encuentro sumergido.

El sonido de un suspiro me trae de vuelta al presente. La mujer en la cama se revuelve y creo que me llama. Me giro y la veo acostada de medio lado. La curva de su cuerpo es perfecta, pero no es para mí y cuanto antes lo sepa ella, mejor. Como todas las demás. Me observa desde su posición, con los labios curvados en una sonrisa perezosa.

—¿Vienes? —murmura, con una voz suave que pretende ser seductora.

—Buenos días —. Mantengo un tono neutral, sin dejar entrever lo que realmente siento, que es nada de nada.

Me giro hacia el interior, apartando la vista del paisaje para no enfrentarme a la realidad de lo que acabo de hacer. Empiezo a vestirme en silencio, abotonando la camisa con movimientos mecánicos, como si todo esto fuera parte de un guion repetido demasiadas veces.

Porque sí, ya empieza a ser excesivo. Sé que aplaco mi ira con las mujeres que traigo a este apartamento. Las follo tanto como me permiten y dejo hacer a mis instintos más primitivos. Es la única manera que he encontrado de aparcar el dolor y relajarme para que mi hija no note mi malestar. Aunque ese malestar, en vez de irse, ha cambiado. Cada vez siento menos ira por todo lo que ha pasado y más angustia por esta situación. Todas las veces decido que no voy a tener más sexo con cualquier mujer, pero todavía no he conseguido pararlo. Tendré que hablar con mi terapeuta, otra vez.

—¿No vas a quedarte un poco más? —pregunta ella, con un deje de decepción que me indica que conoce la respuesta.

—No, tengo que irme —respondo, terminando de colocarme el Rolex en la muñeca sin mirarla—. Tienes toallas limpias en el baño y desayuno en la cocina. Cierra de portazo y, por favor, vete antes de las diez. Gracias por esta noche.

Ella asiente, resignada, y se recuesta de nuevo en la cama, dejando que el silencio se instale entre nosotros. Es un silencio incómodo, cargado de todo lo que no se dice, de todo lo que ninguno de los dos quiere reconocer delante del otro. No tengo nada que ofrecerle, y ella lo sabe, aunque quizás esperaba algo más. Como todas.

Salgo del apartamento sin decir nada más, cerrando la puerta detrás de mí, como si con ese simple gesto pudiera cerrar también la puerta a este ciclo de autodestrucción en el que estoy atrapado. El camino hacia la mansión en la que vivo en verano es corto, pero suficiente para que la culpa comience a apoderarse de mí. Maia estará despierta pronto, preguntándose dónde he estado, por qué no estaba allí para levantarla. Y una vez más, tendré que ocultar la verdad.

Al llegar a casa en mi Ferrari Spider descapotable, el sol ya ha ascendido lo suficiente como para iluminar toda la fachada blanca. Es un edificio imponente, con amplias terrazas que miran hacia el mar, un lugar que es un refugio en el que proteger a mi hija y procurar que sea feliz, pese a las ausencias.

—Buenos días, señor Dimitrakos —me saluda la señora Karalis, el ama de llaves, cuando entro en el vestíbulo.

—¿Qué hay? ¿Se ha levantado ya Maia?—sonrío para disimular el peso de la culpa que cae sobre mis hombros.

—Aún no ha bajado, señor.

Subo las escaleras hacia la habitación de Maia. Muevo los hombros hacia atrás, me paso la mano por el pelo y respiro para prepararme antes de verla y no mostrarle el cansancio que siento, la desesperación que trato de ocultar. No quiero que ella vea en qué me estoy convirtiendo. Quiero salvarla de la mierda en que se está volviendo mi vida.

—Papá —la voz suave de Maia me recibe cuando entro en su habitación. Está sentada en su cama, con su osito de peluche en brazos, y sus grandes ojos me miran con una mezcla de amor y preocupación.

—Hola, cariño —digo, acercándome a ella y abrazándola con fuerza—. ¿Has dormido bien?

—Sí, pero te eché de menos. No estabas aquí anoche. —Su voz es tan sincera e inocente que me desarma por completo.

—Lo siento, Maia. Tuve que trabajar hasta tarde —miento y siento la culpa como un nudo en mi garganta.

Ella asiente, confiando en mí sin dudar. Pero sé que no debería ser así. Mi lugar es estar aquí, cuidándola y protegiéndola. No en mi antiguo apartamento, desahogándome con una mujer que ni siquiera recuerdo cómo se llama.

—¿Desayunamos juntos?

—¡Sí! —responde y su entusiasmo me da un breve respiro.

La llevo en brazos hacia la cocina, donde el sol matutino inunda la habitación con una luz suave. Mientras preparo su desayuno, tras indicarle a la cocinera que nos deje solos, me esfuerzo por enfocarme en el momento y en ella, pero la realidad de lo que soy no me deja en paz.

Después de llevar a Maia a la escuela de verano, me quedo solo en la mansión. Me encierro en mi despacho, un santuario de silencio donde el mundo exterior se desvanece, pero ni siquiera aquí encuentro la paz que necesito. Respiro y me sumerjo en el trabajo, en los documentos que se apilan sobre mi escritorio, gestionando todo lo posible para no tener que regresar a Atenas. En verano la prioridad es Maia y por eso pasamos todas sus vacaciones en la casa de Santorini.

El sol brilla con fuerza a través de los ventanales, bañando la habitación con una luz cuya calidez debería sentir, pero que solo acentúa el frío dentro de mí. Después de contestar varios correos pendientes y de mantener tres reuniones distintas por videoconferencia, cierro el ordenador antes de ir a recoger a Maia para comer juntos y pasar la tarde en la playa o en la piscina. Me echo hacia atrás y me pregunto de nuevo cómo he llegado a este punto, cómo me convertí en este hombre que se esconde tras su riqueza, tras una fachada que cada día se desmorona un poco más. Y cómo voy a salvar a Maia, mi pequeña Maia, de todo esto.

—¿Qué estás haciendo, Elián? —me pregunto una vez más, esperando una respuesta que sé que no llegará.

Estoy atrapado en este ciclo de culpa y autodestrucción, del que no sé cómo salir. Pero debo hacerlo por Maia y por mí mismo. No puedo seguir así, no si quiero ser el padre que mi hija necesita, el hombre que debería ser. Mientras miro por la ventana hacia el mar Egeo, siento una pequeña chispa de esperanza mezclada con la culpa. Tal vez, solo tal vez, encuentre la manera de cambiar antes de que sea demasiado tarde.

Capítulo 1

Elián

—¡Papá, mira lo que he encontrado! —grita Maia desde la playa, agachada mientras sus pequeñas manos excavan en la arena.

Me giro hacia ella dejando el teléfono sobre la toalla. Hace años, nunca habría imaginado que una simple concha o un trozo de coral podrían traer tanta alegría a mi vida. Me acerco con calma, acompañado por el sonido de las olas que rompen suavemente contra las rocas de la cala.

—¿Qué es, cariño? —pregunto mientras me agacho a su lado.

Maia levanta una estrella de mar pequeña y sonríe con orgullo. Sus ojos brillan con la misma intensidad que los de su madre cuando encontraba algo que la apasionaba. Trato de no dejar que el dolor se apodere de mí, no cuando Maia está tan feliz.

—Es preciosa. Vamos a devolverla al mar para que pueda seguir nadando, ¿te parece?

Asiente entusiasmada, y juntos llevamos la estrella de mar hasta la orilla. La veo alejarse con las olas, mientras Maia me toma de la mano con su pequeña palma aferrada a la mía. Es en estos momentos cuando me doy cuenta de lo frágil que es la felicidad y de cómo intento protegerla de la tormenta que llevo dentro.

Nos quedamos un rato en la playa, Maia corretea a mi alrededor, recogiendo más conchas y construyendo castillos de arena, que el mar borra con cada nueva ola. Me siento en la arena, dejando que el sol caliente mi piel, mientras la observo. Maia es todo para mí, y cada día me esfuerzo por ser el padre que merece, aunque por dentro sienta que me desmorono.

—Papá, ¿podemos nadar en la piscina después? —pregunta con esa chispa de entusiasmo que solo una niña puede tener.

—Por supuesto —sonrío antes de que se lance sobre mí, haciéndome caer hacia atrás en la arena.

La risa de Maia resuena mientras luchamos jugando, y por un momento, me permito olvidar y sentir algo más que la opresión constante en mi pecho. Maia es mi vida y, aunque no sepa cómo manejarlo, sé que haría cualquier cosa por ella.

De vuelta en la mansión, Maia corre escaleras arriba para cambiarse el traje de baño, mientras yo preparo algunas toallas junto a la piscina. El agua reluce bajo el sol de mediodía, tentadora y fresca. Hoy es uno de esos días en los que intentamos disfrutar de la simpleza, alejados de la tristeza y el dolor que nos han acompañado durante tanto tiempo.

Maia aparece con un bañador colorido, lista para sumergirse en el agua. La sigo, disfrutando

de su risa, mientras nadamos y jugamos, dejando que el tiempo pase sin estar pendientes de la hora, hasta que la señora Karalis nos avisa de que la comida está lista.

Después de comer en la terraza, Maia y yo nos acurrucamos en el sofá, yo con un libro abierto en mis manos mientras ella descansa su cabeza en mi pecho. Leo en voz alta, dejándome llevar por la suavidad del momento, por la paz que parece envolvernos.

—Papá, ¿cuándo viene la tía Helena? —pregunta con voz somnolienta.

—Pronto, cariño. Quiere hablar con nosotros sobre algo importante.

Maia asiente y, poco después, se queda dormida en mis brazos. Su respiración, suave y rítmica, me calma mientras espero la llegada de mi hermana Helena.

No pasa mucho tiempo antes de que la puerta principal se abra y escuche las voces de la señora Karalis y de Helena. Entro en la sala para recibirla, aún con Maia en brazos, y me preparo para la conversación que sé que está por venir.

—Elián —dice Helena al verme—. ¿Cómo estás?

—Bien. Aquí, con Maia. —Le sonrío débilmente mientras ella se acerca y le da un beso en la frente. Su rostro refleja la preocupación que siempre parece tener por nosotros, pero que nunca reconoce en voz alta.

Dejo a Maia en el sofá durmiendo y nosotros nos acomodamos en la sala de estar. Helena se sienta frente a mí, con expresión seria, y puedo ver la lucha interna que está teniendo antes de hablar. La señora Karalis nos trae café y algunas galletas, dejándonos a solas para conversar.

—Elián, he estado pensando en lo que hablamos la última vez —comienza Helena, tomando un sorbo de café antes de continuar—. Ya sabes que siempre estaré aquí para ti y para Maia, pero mi trabajo me obliga a estar fuera más tiempo del que me gustaría.

—Lo sé, Helena. —Intento sonar comprensivo, aunque sé que lo que está a punto de decirme va a cambiar nuestra dinámica de vida del último año. Ella es ahora la mujer que mi hija necesita a falta de una madre y su ausencia no va a ser buena para Maia, ni para mí, porque tendré que dedicar más tiempo a mi niña.

—He aceptado un proyecto en Estados Unidos. Será un trabajo de seis meses, y no podré estar aquí para ayudarte. Voy a echar mucho de menos a Maia, pero es una gran oportunidad que no puedo rechazar. Te juro que lo he pensado muchísimo, pero creo que puede ser bueno también para vosotros, aunque me dé mucha pena. No debes depender de mí, Elián.

Me quedo en silencio, sintiendo cómo esas palabras se asientan en mi pecho como una losa.

—Helena... —empiezo, pero no sé cómo seguir. La entiendo, pero no puedo evitar sentirme solo ante la perspectiva de su ausencia. Me muero de miedo sin tener su apoyo cerca.

—Sé que es difícil, Elián, pero quiero que sepas que esto no es el final. Solo es un cambio.

Además, estaré al otro lado del teléfono para todas las veces que necesites hablar o consultarme algo. No os abandono, cariño. Además, he pensado que podrías contratar a una niñera para Maia.

Mi primera reacción es negarme. La idea de dejar a Maia al cuidado de alguien más me resulta dolorosa, como si estuviera fallando como padre.

—No sé si puedo hacerlo —admito en voz baja.

Helena se inclina hacia mí, colocando una mano sobre la mía con una firmeza reconfortante.

—Lo estás haciendo bien, Elián, pero Maia necesita más. Y tú necesitas tiempo para sanar. Esto no es un fracaso, es solo una manera de asegurarte de que Maia tenga todo lo que necesita.

Su mirada es suave, pero su tono deja claro que no estoy solo en esto. Asiento, porque sé que tiene razón, pero me siento abrumado por la decisión que implica y que no deseo tomar.

—Gracias, Helena. —Le devuelvo la sonrisa—. Lo pensaré y preguntaré. No sé ni por dónde empezar para encontrar a la persona adecuada.

—Tal vez puedas preguntar en la escuela de verano o a la señora Karalis. Pero ten la seguridad de que la encontraremos.

Helena sonrío con alivio, y me da un beso en la mejilla antes de ir a despertar a Maia y pasar la tarde con ella. Me quedo allí, madurando la decisión que debo tomar, no solo porque sea mejor para ella, sino también para mí.

Por Maia, haré lo que sea necesario.

—

Sigue leyendo en Amazon:



Gracias

por leer mis novelas y sumergirte conmigo en mundos de pasión y amor.

Soy **Scarlett Simmons**, escritora de novela romántica contemporánea *spicy*, de origen europeo y alma ardiente. Escribo mis fantasías siempre que puedo, pero no me había planteado publicar hasta que una de mis amigas disfrutó tanto con la lectura de mis novelas que he decidido sacarlas a la luz, poco a poco, para que tú también las goces.

Te invito a sumergirte en mundos vibrantes de suspense, frenesí, delirio y fogosidad envueltas por toneladas de tensión y amor. Pero a nadie se lo regalan. Mis personajes se enamoran y luchan por el amor en distintas circunstancias.

Sígueme en mi cuenta de autora de **Amazon** y sé la primera en enterarte de las nuevas publicaciones.



Sígueme en Facebook



S.S.